

EL GRITO DE INDEPENDENCIA

LIBRO PRIMERO

DE MADRID Á DINAMARCA

CAPÍTULO PRIMERO

Sale la Princesa

I

AL anochecer del día 29 de marzo de 1807, los leales y siempre curiosos habitantes de la villa y corte de Madrid salían presurosos á las puertas y balcones de sus casas, justamente sorprendidos al oír por plazas y calles inusitado estruendo de pífanos y cajas tocando llamada á la carrera.

Y motivo de más había para encontrar insólita y alarmante tal señal de guerra, por cuanto dichosamente España disfrutaba de una paz octaviana desde la célebre cuanto infortunada derrota de Trafalgar, y apenas si nadie cuidaba de prestar atención á los alborotos de poco más ó menos que empezaban á sucederse en nuestras posesiones americanas. ¿Qué podía temer España, en efecto, siendo tan fiel aliada del invicto emperador?

Porque no cabía duda que el grande emperador quería muy mucho á los españoles; y si algo era preciso para demostrarlo bastaba saber lo poco amigo suyo que era D. Manuel Godoy, grandemente adicto por entonces á los ingleses, al paso que todo el mundo sabía que el pobrecito y adorado príncipe de Asturias era amigo y muy amigo de los valientes vencedores de Austerlitz.

Así es que el belicoso estruendo era interpretado por parte de los unos suponiendo que María Luisa y Godoy habían destronado y asesinado á Carlos IV, sosteniendo otros que aquello se debía á la necesi-

dad de mandar en seguida un cuerpo de ejército al Ferrol, de cuyo arsenal se había traidoramente apoderado la pérfida Albión, y no faltando tampoco tal cual entusiasta que se pusiese á gritar: — ¡Viva nuestro rey Fernando!, creído de que el príncipe se había decidido valerosamente á empuñar el cetro (con tan lastimera dejadez convertido en caña en manos del regio consorte de María Luisa) para hacer la felicidad de la patria, guiado por los sabios consejos de Escoiquiz y las sugerencias de la amable princesa María Antonia de Nápoles.

Pero por más que se preguntaba á los tambores y cornetas y demás *pillerta*, según les apellidaban las Reales Ordenanzas, nadie sabía dar razón de la des acostumbrada batahola, aumentándose á cada momento las dudas y confusiones.

Acudían presurosos á sus cuarteles los oficiales, abandonando la partida de brisca ó de mediator empezada por centésima vez en el café del Angel ó de la Cruz de Malta; salían algunos del novenario de la Huída de San José, y otros de la pastelería de Ceferino, célebre por sus escabeches; corrían los soldados que se habían pasado la tarde retozando con las pasiegas de la plaza Mayor ó visitando en grupos las más famosas tabernas de Maravillas y los mejores merenderos de la pradera de San Isidro, y todos iban afanosos por saber qué motivaba tanta priesa.

Á las ocho de la noche estaba reunida en el cuarto de banderas del cuartel de San Gil la plana mayor del regimiento de infantería de la Princesa, cuerpo justamente celebrado por su marcialidad, disciplina y valor, no menos que por la gallardía de sus oficiales y la apostura de sus soldados.

II

Encontrábase allí también un ayudante del general D. Juan de Kindeland, de origen francés. Dupuy, que así se llamaba el tal, había ascendido al empleo de comandante sin que nadie supiese cómo ni por qué. No se le conocían padres, amigos ni protectores, á no ser su general. Era un joven de treinta años, rubio, de mirada aviesa, ya calvo, fernandista y poseído, al parecer, de arraigadas creencias religiosas, supuesto que frecuentaba mucho los conventos y los templos. Había servido poco en filas y sólo había demostrado su habilidad como fiscal en los consejos de guerra, donde siempre concluía pidiendo valientemente la pena de muerte para los procesados.

Este personaje había traído pliegos para el coronel de la Princesa. Reunidos todos los oficiales, manifestóles aquél que, accediendo S. M. D. Carlos IV, rey de las Españas, á lo pedido por S. M. I. y R. Napoleón Bonaparte, emperador de los franceses y rey de Italia, iba á enviarse al norte de Europa una división española de catorce mil hombres para operar, en combinación con las tropas francesas al mando del mariscal Bernadotte, contra los ejércitos coligados ruso-prusianos. El regimiento de la Princesa debía ir á la vanguardia, habiendo dispuesto el emperador que una parte de las fuerzas entrase en Francia por Irún y la otra por La Junquera, formando un total de nueve mil hombres. En cuanto á los cinco mil restantes, se tomarían del ejército español que en virtud de lo dispuesto por el emperador estaba de guarnición en Toscana desde hacía algunos meses.

El coronel añadió que la expedición iría á las órdenes de D. Pedro Caro y Sureda, teniente general, marqués de La Romana.

Un murmullo de aprobación saludó el nombre del general.

—Interinamente,—añadió luego el coronel con cierta sequedad,—se encargará del mando de las

tropas que han de marchar á Hamburgo el general D. Juan de Kindeland.

Reinó sepulcral silencio por parte de los circunstantes.

—Los caballeros jefes y oficiales procurarán tener hechos todos los preparativos de marcha para media noche,—repuso el jefe,—debiendo advertirles que la expedición promete ser larga y penosa.

III

Salieron todos del cuarto de banderas, y al encontrarse en la plaza el ayudante de Kindeland se aproximó á un teniente de apuesta y varonil figura llamado Espinosa.

—¿Cómo se las va V. á componer, teniente,—le dijo,—para ese viaje al país de las nieves, acostumbrado como está V. á los ardorosos rayos de los ojos de su morena? ¡Tendrá V. que encargar un brasero, sin remedio!

—Mi comandante,—repuso el teniente,—los ojos de mi morena tienen fuego de sobras para derretir con su recuerdo la nieve más endurecida, y mis manos no han necesitado nunca brasero para desentumecerse, porque son duras y pesadas.

—Pues nadie lo diría al ver á V. tan gentil y amartelado. Desearé, en fin, que le pruebe á V. el clima de Hamburgo, y que las rubias alemanas no le hagan incurrir en la mas mínima infidelidad á la dama de sus castos pensamientos.

—¡Comandante Dupuy, estamos de marcha dentro de tres horas; pero aún queda tiempo para que pueda retaros por insolente y mal caballero!

—¡Arrogante está el teniente,—añadió temblando de cólera Dupuy,—y podrían costarle muy caras, si quisiese, esas palabras!

—Estoy siempre á las órdenes de V. para batirme ó para que me lleve al consejo de guerra y me sirva V. de fiscal.

Los demás oficiales que habían salido á la vez que Dupuy y Espinosa hubieron de apercibirse del altercado y se acercaron.

—¿Qué tiene V., Espinosa?—le preguntaron.

Pero en lugar de contestar Espinosa, fué Dupuy el que respondió.

—¡Nada, señores!—dijo.—Es que está muy pélico el teniente. No dudo de que cuando S. M. I.

llegue á conocerle va á nombrarle en seguida chambelán de la emperatriz.

—¡Yo, comandante,—exclamó Espinosa con intencionado y provocativo acento,—jamás seré de la emperatriz, porque seré de la Princesa hasta morir!

—¿De la princesa... trigueñita?

—De la Princesa amarilla y encarnada, sin mezcla de tricolor.

Al comandante Dupuy se le demudaron las facciones.

—¿Acaso quiere decir eso,—repuso un capitán entrado en años,—que hay aquí quien sea capaz de preferir á la bandera española esa enseña que le ha impuesto á Francia la revolución?

—¡Todas las banderas son buenas cuando las defienden los que deben; pero es la mayor de las infamias despreciar y vender la que ondea en su patria! —añadió otro.

—¡En la Princesa,—repuso un comandante,—no hay traidor alguno: lo juro!

—¡Lo juramos todos!—exclamaron á una todos los presentes.

—¡Alto, señores oficiales!—gritó con acento descompasado una voz que revelaba coraje y rencor.

—Es Kindeland,—dijéronse ellos por lo bajo.

Era, en efecto, el general Kindeland, que había sido testigo del final de aquella escena.

—Habéis dicho,—repuso,—que no hay en la Princesa ningún traidor, y quisiera manifestaseis si sabéis que los haya fuera.

—Mi general,—respondió un capitán llamado Méndez;—si alguno de nosotros supiera de fijo dónde hay un traidor, antes de saberlo por boca nuestra lo sabríais por la noticia de su muerte. ¿No os parece á vos, comandante Dupuy,—añadió,—que no perdonaríamos á los traidores, ya fuesen altos, ya fuesen bajos?

Pero Dupuy, lívido y convulso, tiró de la espada en vez de contestar, dirigiéndose á Espinosa. Éste echó mano á la suya, conteniéndoles á ambos los circunstantes.

Un farol alumbraba débilmente el grupo.

Kindeland lanzó una imprecación.

—Todos los jefes y oficiales de la Princesa aquí presentes,—dijo,—han incurrido en grave desacato á mi autoridad; pero, en consideración á la mayor culpa que han tenido el capitán Méndez y el teniente Espinosa, irán desde ahora á constituirse presos

en el cuartel. Los demás se me presentarán terminada la primera etapa.

—Mi general,—dijo uno de los jefes,—todos respondemos de esos dos oficiales, por lo cual suplicamos á V. E. no les deje arrestados cuando el regimiento esté para salir.

—¡Es mi voluntad!—replicó Kindeland.—¡Retirarse, señores!

El general y su ayudante se dirigieron á Palacio, y todos los oficiales regresaron al cuartel acompañando á Méndez y á Espinosa.

IV

El coronel, que se encontraba aún en el cuarto de banderas, quedó sorprendido con aquella novedad.

—Quedan, pues, Vds. arrestados,—les dijo al enterarse de lo mandado por el general.—Pero como la falta ha sido grave, irán Vds. al calabozo, y yo mismo seré su carcelero hasta la hora de salir el regimiento. Sigán Vds., y los demás prepárense para la marcha.

Méndez y Espinosa, precedidos del coronel, atravesaron largos corredores ocupados por soldados en traje de campaña, pasaron por los dormitorios desiertos, subieron por escaleras oscuras y llegaron, por último, hasta el calabozo.

—Entren Vds.,—les dijo el coronel.

Los dos oficiales entraron, bajando la cabeza.

—El regimiento saldrá dentro de una hora,—añadió el jefe,—con dos oficiales de menos. La Princesa perderá mucho si esos dos oficiales no son reemplazados por dos valientes que voluntariamente quieran compartir sus penas y triunfos. Todo el que se presente á alistarse en el regimiento será admitido, mientras se comprometa á ir á la vanguardia en el combate. A nadie se le preguntará de dónde viene, y todo el que quiera podrá negarse, si quiere, á dar su nombre. Bastará que sea español y que el coronel lo acepte. Yo quedo aquí de guardián vuestro hasta que se oiga el toque de llamada. No he de cerrar la puerta al irme, porque sé que nunca huiréis de un peligro para poner en salvo vuestras vidas.

El agudo son de una corneta hizo estremecer al coronel y á los oficiales.

—¡Es la llamada!—exclamaron los tres.

—¡Hijos míos!—prorrumpió el coronel abrazando los contra su pecho.

—¡Coronel! ¡Pepe!—exclamaron los oficiales con voz ahogada.

—¡Hasta Avila! ¡La Princesa os esperará! ¿Cómo le faltarían sus dos bravos?

—¡Hasta Avila!—respondieron Méndez y Espinosa.

El coronel bajó rápidamente las escaleras y encontró al regimiento gallardamente formado en el patio. Subió á caballo, se puso al frente de la tropa, y, mirando á una ventana con rejas que daba allí y tras de la cual se veían dos rostros varoniles iluminados por la luna, hizo con la espada la señal de marcha.

Difícil hubiera sido distinguir si la señal era para el regimiento ó para los de la reja.

V

La música rompió en una alegre tocata. El regimiento marchaba á paso redoblado. La noche era clara y las calles estaban desiertas. Brillaban las bayonetas y veían moverse luces en el real Palacio.

El cuartel quedó cerrado; pero aún se oía el lejano rumor de la banda cuando dos hombres saltaban á la calle por una ventana del piso bajo.

En lugar de seguir al regimiento, las dos sombras se dirigieron al Campo del Moro, perdiéndose en la espesura de la arboleda.

Al cabo de un cuarto de hora una ronda abría la puerta del cuartel, y el comandante Dupuy, seguido de cuatro soldados y un cabo, se dirigía al calabozo.

—¡Que bajen los presos!—dijo con voz breve al cabo.—¡Y si oponen resistencia mandad hacer fuego!

—Está bien, mi comandante,—respondió el cabo.

Éste y los soldados llegaron hasta el calabozo, y con asombro vieron la puerta abierta, sin alma viviente dentro.

—¡Mi comandante: los presos se han fugado!—gritó el cabo.

—¡Condención! ¡Miradlo bien todo!—prorrumpió entre aterrado y rabioso Dupuy.

—No hay nadie: estoy seguro de ello, mi comandante,—repuso el cabo.

—Bajad en seguida, pues, y corred á avisar de lo sucedido á todos los cuerpos de guardia para que

detengan al primero que intente salir por las puertas de Madrid. Esto es una treta del coronel, sin duda alguna,—exclamó luego que hubieron salido los soldados;—pero sobre todos ellos ha de caer ineludible castigo. Ese miserable teniente ha desbaratado mis planes, me ha humillado. Es capaz de querer escrutar mi pasado, de penetrar en el secreto de mi vida. Si, deseoso de vengarse del agravio que intentaba yo inferirle, queriendo arrebatarle el amor de su idolo, le diese la idea de averiguar... ¡Morirá! ¡Morirán él y cuantos se pongan de su parte! Fui un necio en concebir la única pasión que he sentido por una mujer, precisamente por la que estaba de tiempo entregada á Espinosa en cuerpo y alma. Pero ya no tiene remedio ahora. Con los desprecios han venido las zozobras. Él contará con todo el regimiento; pero mi odio no se ha de aplacar hasta verlos á todos sucumbir de hambre, de frío y de tristeza. Yo les haré conocer las amarguras del deshonor y del cautiverio. Yo los perderé á todos, á todos. ¡Sí: los perderé, los perderé! Sólo á este precio podré estar tranquilo.

VI

Entretanto, el regimiento había salido por la puerta de Santa Bárbara. Hizo alto en Pozuelo, y al cabo de una hora llegaba allí Kindeland con su ayudante y una escolta.

—¿Sabe V. S., coronel,—dijo Kindeland,—que los presos que quedaron confiados á su custodia, por desacato á mi persona, se han fugado?

—¡Qué es lo que oigo, mi general! Eran dos bravos oficiales, por cierto.

—Y ¿no sabe V. S. nada de cómo hayan podido fugarse esos dos bravos que V. dice?

—¿Cómo quiere V. E. que lo sepa si los dejé perfectamente seguros?

—No se ha notado señal alguna de violencia para la fuga. ¿No estaban encerrados, por lo tanto?

—Bastaba su palabra.

—Y ¿sale V. S. garante de ella?

—Salgo garante de cuanto hagan.

—Bien: pues responderá V. de la fuga.

—Responderé, mi general. Mis oficiales nunca cometerán ninguna cobardía.

—Y ¿qué vale ser valiente siendo insubordinado?

—Mis oficiales no son insubordinados, mi general.

—¡Basta! Le sujetaré á V. S. también á un consejo.

—Mi general, es lo que le pido á V. E.

—Hasta Avila. Entretanto, siga V. S. mandando el regimiento.

—Hasta Avila, mi general. No sabe V. E. cuánto deseo llegar allí.

El general se adelantó hasta ponerse al frente de toda la fuerza.

El coronel sacó un cigarro, lo encendió, y dió con acento sereno la voz de —*Marchen, paso regular!*, puesto que el que habían llevado desde la salida del cuartel hasta Pozuelo había sido muy fatigoso.

La falta de los dos oficiales había puesto de mal humor al regimiento.

La Princesa no iba contenta á Alemania.



CAPÍTULO II

En Ávila

1

CONQUE V. cree, mi primero, que á nuestro capitán y á mi amo les hicieron poner presos los frailes y les han hecho escapar los francmasones?

—Cuando el sargento Castro dice una cosa, pistolo, siempre tiene razón el sargento Castro, y más cuando se lo ha oído referir al propio ayudante del general.

—Cuando lo sepa la pobre señorita, va á tener un disgusto que la matará. ¡Tan buena y tan guapa como es!

—¡Psé! ¡Guapa! Debe ser madrileña ó andaluza: ¿eh, pistolo?

—No, mi sargento: es de Granada.

—Y ¿no sabes tú que en Granada son andaluces? Pero, aunque sea de donde dices, para mujeres guapas la de tierra de Campos.

—¡Caramba! Y ¿dónde está la tierra de Campos, mi primero?

—Está en mi tierra, pistolo.

El pistolo quedó enterado y no le quedaron más ganas de hacer preguntas; pero el digno sargento de la tierra de Campos no lo entendía así.

—Es una gran tierra. Yo nací allí, pistolo: todo el que vale algo nace allí.

—¿Nacería, pues, también allí el emperador?

—No seas bobo, pistolo. Los emperadores siempre nacen en París.

—¡Caracoles, mi primero! Pues París debe ser un cielo.

—¡Psé! No digo que no lo sea; pero cree, pistolo, que te gustaría más Becerril.

—Y ¿no pasaremos por ese Becerril que V. dice para ir á... donde vamos?

—No, hombre, no pasaremos. ¿Cómo hemos de pasar por Becerril, si vamos al Hamburgo? Pues considera que el Hamburgo está á mano derecha, y Becerril á mano izquierda.

—¿Y está lejos el Hamburgo?

—Mucho. Figúrate que es una tierra donde hace más frío que en el Puerto de Pajares.

—¡Pobres de nosotros! En el Cehegín nunca hace frío.

—Y ¿dónde está el Cehegín, pistolo?

—En Murcia, mi primero. ¡Si viera V. las chicas que allí hay, *coloradiquias*, blancas y redondas como una *manzaniquia*!

—¡Pues no va á quedar poco lejos de nosotros tu pueblo, pistolo! Como que vamos más lejos que París.

—Como si dijéramos que vamos á las Indias.

—Poco más ó menos.

—Y ¿para qué vamos á eso, mi primero?

—Para darles julepe á los rusos y á los *prusos*.

—Conque nos han hecho una pillada, ¿eh?

—A nosotros no, no nos han hecho nada; pero se lo han hecho al emperador.

—Y ¿qué nos importa á nosotros el emperador?

—A ti no debe importarte nada, pistolo; pero de esta hecha nos van á regalar medio Portugal.

—¿Es del emperador Portugal?

—No, pistolo; pero... cuando te hable del emperador debes callarte.

—Pues ya me callo, mi primero.

Pero el buen sargento no quería soltar fácilmente su presa.

—¿Tu amo te enseñaba á decir mal de los franceses y de los frailes, pistolo?

—No, mi primero: nunca decía mal de nadie. Siempre sacaba la conversación de la señorita Rosario ó de Leandra.

—¿Quién es Leandra, pistolo?

—Es mi novia, mi primero.

—Pues el comandante Dupuy ha dicho muchas veces que tu amo tenía libros franceses de un tal *Emilio* y de una mujer llamada *Luisa*, que todos hablan mal del emperador y de los frailes.

—Yo no sé leer todavía, mi primero; pues, aunque mi amo me enseñaba, tengo la cabeza dura para entender lo negro.

—El buen soldado no debe saber leer, pistolo. Es diferente cuando uno es *clase*. Le basta saber de coro las leyes penales.

—Ya las sé, mi primero.

Esta conversación tenían el sargento Castro y el soldado Ortego paseándose por la plaza de la iglesia del Escorial, en cuyo pueblo estaba alojado el regimiento.

—Pistolo, ya tocan llamada,—dijo el sargento, pesaroso de tener que dar fin á la plática.

Efectivamente, tocaban llamada las cajas, y al poco rato, próximo á ponerse el sol, salía del Escorial el regimiento.

II

Seguramente desearían incorporarse al mismo dos vendedores de miel vestidos á usanza de los alcarreños, que venían, al parecer, siguiendo á la tropa desde las Rozas, envueltos en sendas mantas, y se habían instalado en un portal de la plaza vendiendo su mercancía á los soldados.

Eran de diferente complexión los dos, aunque jó-

venes y recios; rubio el uno y atezado el otro; éste alto y de regular estatura aquél, afeitados ambos y rapada la cabeza. Al ver salir la tropa por la carretera de Burgos, dijo el más joven, que era el tri-gueño, en voz muy baja al otro:

—No podemos estar por más tiempo separados del regimiento. Entramos en él de cadetes; el coronel nos ha servido de padre; hermanos nuestros son todos los oficiales, y como á hijos queremos á los bravos soldados que lo forman. Todo lo prefiero á verme privado de obedecer los toques del tambor y de compartir las penalidades del servicio. Hemos mandado: obedezcamos. Mañana, al llegar á Ávila, iré en busca de Ortego para que vaya á saber del coronel si ha llegado la hora de que podamos sentar plaza. Esta tarde he oído la conversación de mi asistente con el sargento Castro, que es de tierra de Campos. Tú conoces aquel país y podríamos fingirnos procedentes de allí, con lo cual desaparecería cualquier sospecha que pudiéramos inspirar. Si seguimos al regimiento en este traje llamaremos en seguida la atención: vale más que en Ávila nos vistamos de seminaristas y que en seguida nos den el uniforme y nos alisten en la compañía del veterano sargento de Becerril.

—Tienes razón, Ricardo,—contestó el rubio.—Yo tampoco puedo vivir lejos de nuestro coronel y de nuestra tropa. Convengamos en qué nombres nos pondremos. Llámate tú Juan del Río y yo Manuel: diremos que somos hermanos. Y ¿no lo somos acaso?

—Sí, sí, lo somos, mi buen Enrique. Por salir á mi defensa heriste en lo más vivo á ese traidor y á su vil padrino.

—Esos hombres maquinan contra España una trama infernal y no hemos de descansar un momento si queremos salvar la expedición. ¡Qué ceguedad dejar tan al descubierto nuestra patria, retirando de ella esas fuerzas para ir á pudrirse en lejanos países, cuando está amenazada por la rapacidad del usurpador Bonaparte! Y ¿quién duda que Kindeland y Dupuy no sean instrumentos suyos? Mas, calla: parece que se acerca gente á caballo.

Estaba oscureciendo, y los dos amigos se salieron de la carretera, ocultándose en el carrascal. Pasaron dos jinetes en traje militar, seguidos á bastante distancia por una escolta de dragones. Eran Kindeland y Dupuy. Los fugitivos prestaron atento oído.

—No te quepa duda, Alejandro,—decía el general.—Temo que el consejo de guerra absolverá en seguida al coronel. Ese calaverón de Palafox es amigo suyo y no dejará que le condenen. No insistamos en este medio. Vale más aprovechar una ocasión, y sin ruido asestar el golpe.

—Me tiene sin cuidado que sea ahora ó más tarde cuando muera ese aborrecido soldadote; pero ellos ¿dónde estarán? Las noticias que tengo de Rosario son para acabar de desesperarme, pues así que supo la noticia de la fuga salió de su casa dejando una carta para su hermano, diciéndole que no volvería más que esposa de Ricardo, vivo ó muerto. Ese amor que ella le tiene es lo que más me hiera. ¡Oh! ¡Rabia!

—No desesperes, Alejandro: sabes todo el plan que tengo trazado. Primero deshagámonos de La Romana. Una vez dueño yo del mando, trataremos con el príncipe de Ponte-Corvo lo más conveniente para el servicio del emperador y para la perdición de nuestros enemigos. ¡Ya verás como nos vengaremos entonces!

—Apretemos el paso,—dijo Dupuy,—y pensemos entretanto cómo impedir que Espinosa y Méndez puedan acecharnos, porque no hay duda en que espiarán nuestros pasos, interin no salvemos la frontera. Anochece y falta aún mucho para llegar á Robledo. ¡A galope!

Los dos miserables alcanzaron al regimiento, que marchaba de muy mala gana, reduciéndose todas las conversaciones á una letanía de alabanzas del capitán y el teniente.

Al pasar por el lado del coronel acercósele Kindeland, y en tono que pugnaba por parecer indiferente le dijo:

—Coronel, he pensado que los servicios de V. S. pueden ser útiles, y los prefiero á verle á V. S. sumariado. Dejaré correr, pues, el consejo.

—Me es igual, mi general,—respondió el coronel.—Sin los dos oficiales que me faltan me es indiferente mandar ó no este cuerpo. Lo que es por consideraciones á mí, le ruego á V. E. que no se prive del gusto de llevarme á consejo de guerra; pero si V. E. quiere desistir de hacerlo se evitará V. E. un bochorno, porque ya sabe V. E. que no le darán gusto los señores.

Y, volviendo la grupa al caballo, saludó fríamente al general.

Éste, mordiéndose los labios, murmuró:

—¡Siempre humillándome! ¡Ah, orgulloso! ¡He de cobrarme tus insultos bañándome en tu aborrecida sangre!

III

El regimiento entró en Avila á la incierta luz de una fría aurora.

Los meleros alcarreños, envueltos siempre en sus mantas de Palencia, entraron poco después que la columna y fuéronse á una humilde posada, donde se hospedaron. Allí cambiaron su disfraz y dejaron sus monteras, y revistiéndose con el manto y sombrero de picos que cada uno se había procurado salieron á la calle en busca de Ortego.

Esperaron á que el regimiento, formado en la plaza de la Catedral, recibiese la orden de *derecha é izquierda*, y envueltos en sus manteos vieron como el pobre asistente se encaminaba á rezar un padre-nuestro á Santa Teresa, al igual que casi todos los demás soldados.

Al salir de la catedral fué tras él Espinosa y le dió un golpecito en el hombro.

Sorprendido Ortego, miró con aire desconfiado al estudiante.

—Ortego, no hagas ningún gesto. Soy tu amo. No chistes.

El asistente se contuvo admirablemente.

—Anda á ver al coronel y dile que están aquí dos estudiantes que quisieran sentar plaza, y que si es ocasión para alcanzarlo se le presentarán en seguida. Aquí esperamos.

Empezaba á poblarse la plaza de vendedores y á acudir la gente al mercado. Los soldados se vieron al poco rato rodeados de amas de casa con cestos y de santurronas con rosarios, todas unánimes en encontrarles guapos y valientes. Las compasivas maritornes se apresuraban á darles de comer y de beber, llenas de dolor al considerar cuán lejos estarían de España al poco tiempo aquellos pobres soldados. Las beatas les miraban con el rabo del ojo y rezaban entre dientes sendos padrenuestros para que no sufrieran ningún mal. Por su parte, los expedicionarios aumentaban con sus alegres cantares y gritos la algazara del mercado. El sol iluminaba ya lo alto del campanario y se colaba por algunas calles, tiñendo de vivificante luz las sombrías paredes de destartalados caserones.

Ortego cumplió fielmente el encargo que le diera Espinosa. Al anunciar su pregunta al coronel, exclamó éste con mal encubierto acento de emoción:

—¡Buena falta hacen esos voluntarios en el regimiento y díles que aquí les aguardo con impaciencia!

Al saber la respuesta, corrieron los dos amigos hacia el alojamiento del coronel.

Este estaba solo.

—¡Al fin, os vuelvo á tener!—exclamó cariñosamente el digno jefe.—¿En qué compañía queréis alistaros?

—En la cuarta, con el sargento Castro. Hemos de ser los hombres de su confianza, diciéndole que venimos de su tierra. Esto nos facilitará poder permanecer desconocidos.



—¿Cómo os llamáis, mancebos?

—Está bien. El mismo os tomará la filiación. Hemos de vernos con mucha frecuencia, porque creo que estamos envueltos en una traidora red.

—Kindeland y Dupuy os acechan, coronel.

—Lo supongo; pero vosotros podréis estorbar todas sus maquinaciones. Esta noche os alojaréis en la misma casa que yo. Mucha prudencia el resto del día.

Espinosa y Méndez se presentaron con su disfraz de estudiante al sargento Castro.

—Somos dos escolares,—dijo Méndez, fingiendo perfectamente la voz,—que venimos á alistarnos en la compañía del sargento Castro, uno que es de nuestra tierra.

—El sargento Castro soy yo, rapacifios. Y ¿cuánto tiempo hace que salisteis del pueblo?

—Medio año hará que dejamos en Becerril pa-

dre y madre para seguir la carrera de la Iglesia.

—¿Cómo os llamáis, mancebos?

—Yo Juan, y éste Manuel del Río: somos hermanos,—dijo Espinosa.

—¿Sois parientes de Cristóbal del Río, rapaces?

—Primos carnales somos. Por cierto que nos queremos como las niñas de los ojos.

—Pues en mi compañía, rapaces, estaréis como el pez en el agua. Pero, sobre todo, mucho silencio y poco leer libros ni papelotes.

—Sargento Castro, estaremos á lo que decís.

IV

Los dos voluntarios trocaron presto su *tricuspis* por el sombrero apuntado, y supieron desfigurarse lo bastante para no ser reconocidos. El trigueño Es-

pinosa se enjabelgó la cara como un molinero, y el rubio Méndez se plantó unas grandes ojeras amoratadas con tinta violeta. Además, imitaron cuanto pudieron el acento de Castro, que llegaba á asegurar que los conocía á ambos de pequeñitos.

Aquel día fué de gran trajín en la oficina del detall.

Había aparecido una gentil aragonesa, y prosterada á los pies de D. Ciriaco, el capellán del regimiento, le había pedido con lágrimas en los ojos le dispensase la caridad de tomarla á su servicio. Precisamente á D. Ciriaco no le disgustaba buscar un reemplazo á su cascada ama de gobierno, que se estremecía al pensar que marchaban al país de las nieves, y tomó á la joven con mil amores. Sin embargo, D. Ciriaco empezó á arrepentirse de haber admitido á la aragonesa así que la hubo visto entrar en casa del coronel y estarse allí una hora, y mucho más cuando al lavar los platos rompió tres.

—¿Cómo te llamas tú, muchacha?—le preguntó algo amostazado el *pater*, al enterarse del terrible desaguizado del fregadero.

—Pues ¿cómo me he de llamar sino Pilar, siendo zaragozana por todos cuatro costados como soy?—respondió ella.

—Mira, pues, Pilar: eso de estarte una hora en casa del coronel y romperles luego tres platos á nuestros patrones no te abona mucho, en mi concepto. Recibe esta primera admonición, y si no te corriges...

—Me corregiré, me corregiré, padre. Ya verá V. como me corregiré en seguida.

—No te lo pido para tan pronto: bastará que empieces mañana.

—Pues mañana, mañana mismo empezaré, padrecito mío.

Preciso es confesar que el bueno de D. Ciriaco no debía haberse dedicado mucho al estudio de los distintos acentos provinciales de esta nación, porque la zaragozana Pilar tenía un ceceo tan especial que cualquier inteligente la hubiera confundido con alguna bella hija de la ciudad de Boabdil, como tampoco ninguna persona morigerada hubiera formado buen concepto de la nueva maritornes si la hubiese visto por la noche, una noche oscurísima, hablando á solas con un soldado que prefería, al parecer, la conversación con la Pilar á la del sargento Castro, que le había tenido plantado media hora en pie á la puerta del cuartel, mientras él le escuchaba sentado, relevándole un compañero en la tarea de aguantar la charla de aquel incansable panegirista de Berceril.

Al día siguiente, salió la columna en dirección á Arévalo. D. Ciriaco no pudo obligar á Pilar á que bajase en todo el día del carro en que iba instalada; pero por la noche, al llegar al pueblo, no pudo impedir tampoco que la sirvienta se pasase dos horas pelando la pava con otro soldado, que, ¡quién sabe, ¡horror!, si sería tal vez uno de aquellos seminaristas que le había dicho el sargento Castro se habían alistado el día antes en la cuarta del primer batallón, á sus inmediatas órdenes!



CAPÍTULO III

¡Centinela, alerta!

1

COMO habrá adivinado el lector, la aturdida rompedora de platos que había entrado en Ávila al servicio de D. Ciriaco no era otra que Rosario, la novia de Espinosa, de cuya hermosura hemos oído hablar al comandante Dupuy y al asistente Ortego, por más que, en opinión del sargento Castro, alterase su mérito el no ser hija de la tierra de Campos.

Era á la verdad la tal Rosario lo que se llama toda una real moza. Alta, bien formada, garbosa, ligeramente trigueña, de negros y rasgados ojos, graciosa nariz, boca chiquita, aterciopeladas mejillas, que se enrojecían á la menor ocasión, y semioculta la frente bajo los rizos del negro y ensortijado pelo, era un tipo de belleza española que hubiera enloquecido á un rey, cuanto más á un apasionado teniente de infantería de línea.

Aumentaban sus encantos la dulzura de su voz, la ternura de su mirada y cierto modo de entornar los ojos que hacía reparar en sus largas pestañas, y no digamos nada de la belleza de sus manos, del torneado de sus brazos, de la brevedad de su pie, de su sonrisa de hurí y de otras particularidades.

Pertenecía á una familia de pintores granadinos, de la cual sólo quedaban su hermano y ella. Debido, sin duda, á la contemplación de cuadros de moras y odaliscas, había adquirido cierto gusto singular por las telas de brillantes colores y de corte oriental:

así es que podía vestir algo caprichosamente. Los adornos de su tocado recordaban los capuchones, turbantes y gasas de las sultanas, lo mismo que sus albornoces, chaquetillas, escaarpines, dijes y pendientes. Adornábase con lujosas bandas y caprichosos pañuelos, y gustaba de lazos, de flecos y de encajes. No hay que decir que las flores abundaban profusamente en todos los repliegues de su vestido, desde los claveles á las rosas y desde los jazmines á las margaritas. En el pelo, en la garganta, en la falda, en el pecho, todo eran flores.

Espinosa la conoció en la Alhambra un año antes de la época de que tratamos aquí. Enamoráronse de súbito, y así no tuvo ella inconveniente alguno en decirle que le quería mucho al punto que él se creyó con valor bastante para preguntárselo. Aunque no era muy rica, tampoco carecía de todo cuanto necesitaba y deseaba, pues su padre había dejado una regular fortuna.

Queríala su hermano con cariño que podía calificarse de maternal, pues por no haber tenido jamás amores formales con mujer conocida y por ser de alguna más edad que ella y haber perdido á sus padres de muy niños, encargóse insensiblemente de su educación, que fué por esto más varonil que afeeminada ni frívola.

El teniente Espinosa era de una modesta familia

de militares. Su padre había muerto de coronel en la guerra con Francia el año 1793. Tenía un hermano comandante en América y una hermana casada en Cádiz con un médico de mucha fama. Él se había criado en Madrid, aunque nacido en Gerona. Ricardo Espinosa era alto, moreno, nervioso, de ojos pardos y cabello castaño, bigote rizado y pequeño, más claro que el cabello, con una fisonomía que denotaba audacia y resolución sin límites.

Un verdadero tipo de militar arrojado, astuto y sereno en el peligro, hombre de acción y arranque.

Era apasionado por la milicia. Queríanle los soldados por su carácter afable, y sus camaradas le adoraban por su pundonor y generosidad.

A la vez que el modesto teniente, sin esfuerzo alguno, había visto correspondido su amor, otro sufría los terribles tormentos de los mayores y más enconados celos.

El comandante D. Alejandro Dupuy se había enamorado locamente de la bella Rosario cuando ésta correspondía ya á Espinosa, sin conseguir que fuese recibida ninguna de sus cartas, con lastimero dolor del asistente, que de vuelta de las malogradas expediciones epistolares de que estaba encargado recibía una lluvia de terribles cachetes y puntapiés.

Era Dupuy un jefe aborrecido. De su persona hemos hablado ya anteriormente: baste añadir ahora que era altanero con sus inferiores y adulator con sus jefes.

Su origen era un misterio. Hacíase pasar por hijo de un general de Luis XV y de una condesa española; pero no citaba nada en claro. Kindeland lo había tenido casi siempre de ayudante á sus órdenes.

Formaba contraste con tan antipática figura la del capitán Enrique Méndez. Todo en él era poesía, desde sus profundos ojos azules y rubios cabellos hasta su fisonomía melancólica. Era amigo íntimo y hermano de armas de Espinosa, que, por su parte, no le quería menos. Todo lo que en éste era prontitud, era en Méndez apatía; todo lo que Espinosa tenía de resuelto y práctico tenía Méndez de soñador y poeta; pero en las horas de peligro, en las luchas y combates, nadie le excedía en temerario valor. Así como el teniente adoraba las pinturas y las formas, Méndez sólo se apasionaba por la música, en cuyo

arte era consumado conocedor. Ejecutaba las más patéticas sonatas de Beethoven con exquisito gusto y cantaba de memoria el *D. Juan*, de Mozart, y la *Ifigenia*, de Gluck.

La misma exaltación de su sensibilidad le preservaba contra sus excesos. Lo que le faltaba á aquella alma ardiente era un alma ardiente como la suya, con la cual pudiese asociarse y confundirse, y por más que creyese verla por todas partes no la había encontrado aún en ningún sitio.

La última decepción de Méndez había sido ocasionada por cierta rubia y vaporosa baronesa valenciana. Durante dos días había ocupado aquella beldad las más altas regiones del éter celestial para descender luego al rango de los más simples mortales sin dejar huella alguna ni aun en su recuerdo.

II

Expliquemos ya ahora cómo había aparecido Rosario en el regimiento.

Al fugarse del cuartel de San Gil, Méndez y Espinosa dieron un largo rodeo por las afueras de Madrid para no tropezar con ninguna ronda ni patrulla. Al rayar el alba encontraron á un gañán que salía al campo, y, mediante una buena propina, fué á avisar á Rosario, diciéndole que la persona de parte de quien venía había tenido que abandonar su puesto y sentar plaza en el regimiento, contando poder verificarlo en Ávila.

Al punto que oyó Rosario tales palabras, hizo rápidamente sus preparativos de marcha é intrépidamente resolvió seguir á su amado novio, aunque fuese hasta el mismo polo.

Dejóle una carta á su hermano, ausente de la corte entonces, y salió para Ávila en una silla de posta, que quedó prudentemente fuera de la puerta de Madrid al llegar allí.

Corrió luego á casa de D. Ciriaco para entrar á su servicio y fuése en seguida en busca de Ortego, á quien encontró en la plaza, y el cual tenía ya noticia, como sabemos, del cambio de condición de su amo. El digno asistente le manifestó que los dos amigos se encontraban entonces en la casa donde se alojaba el coronel, y, efectivamente, de allí salieron al cabo de una hora nuestros héroes.

Excusado es decir la alegría infinita que experimentaron nuestros amantes al hallarse. Espinosa

estaba gallardo, como siempre, con el uniforme; pero pretextando dolores de cabeza se había atado por debajo del sombrero apuntado un pañuelo á la cabeza. Además, la harina le desfiguraba completamente las facciones.

—¿Y si te ve Dupuy, chiquilla?—le dijo Espinosa.—Entonces, vamos á perdernos todos.

—Sólo saldré de casa por la noche, y, aun así, envuelta en este pañolón. No tengas cuidado alguno, por mi parte. ¡Quién sabe si podremos ajustarle las cuentas cualquier día al tal bribonazo! Déjalo para mí á ése, que yo te prometo que las ha de pagar juntas. Me da en el corazón que ha de recibir el castigo por mi mano.

—Rosario, no vayas á cometer ninguna imprudencia.

—Ya sabes que te quiero porque eres valiente, y yo no lo he de ser menos que tú.

Al oír el toque de retreta se retiraron, y al día siguiente, como hemos dicho ya, entraba el regimiento en Arévalo, pasando los dos amantes charlando un par de horas, lo cual fué causa de que D. Ciriaco le echara á su criada otra severa reprimenda sobre la gravedad é inconveniencia de tener que cenar á las diez de la noche.

III

Espinosa entraba de guardia á las doce y le tocaba estar de centinela en la garita colocada junto á la puerta de entrada del alojamiento de Kindeland. El general se hospedaba en las Casas Consistoriales de Arévalo, hermoso edificio de imponente fachada, erigido sobre unos chatos soportales. La puerta estaba situada á uno de los lados. El piso principal tenía seis grandes balcones, poco elevados sobre el nivel de la plaza.

La noche era hermosísima, como suelen serlo en España las del mes de abril. No había salido aún la luna; pero, en cambio, el firmamento parecía disfrutar con la primavera, según centelleaban y relucían las estrellas.

Oíanse lejanos rumores de cantares y guitarras, y de vez en cuando los gritos de —¡Quién vive! ó el de —¡Alerta! de los centinelas.

Espinosa se fijó en dos bultos que entraron en la plaza y que no vió salir.

No pensó más en ello, sin embargo, y siguió su

maquinal paseo, abstraído en el recuerdo de su amada Rosario.

De pronto parecióle oír una voz conocida, aunque apagada. Prestó atención y reconoció en la voz á Kindeland.

Retiróse bajo los soportales y fuése á colocar debajo del balcón del centro, en el cual se hallaba el rencoroso general.

La poca elevación del balcón permitía oír distintamente lo que decían arriba.

—A la una saldrá de ronda con su ayudante,—murmuraba una voz, que conoció ser la de Dupuy. —Desechada la idea de consejo de guerra, no nos queda más recurso que deshacernos de él por medio de una emboscada. Creedme: si no nos vamos librando de todos, pero absolutamente de todos, van á frustrarse nuestros planes y no tendremos un instante de reposo.

—Pero ¿saben ellos algo de lo de entonces?

—No; pero tiemblo al pensar que debemos llegar á las orillas del Rhin. Serán preocupaciones mías; pero, sin embargo, me parece verme á cada momento descubierto por ellos, por ella, por todos. No sabéis quiénes son: ese Espinosa es un carácter de una energía indomable; Méndez es el valor temerario y loco; el coronel los quiere como á hijos y dispondrán de él para cuanto quieran, incluso para sublevarse y fusilarnos si se les antoja. Pero lo que más me atormenta es que Espinosa ha de procurar vengarse de mí, y que el hermano de su novia estaba enamorado de la que sabéis.

—No te dé cuidado eso. Sueñas al imaginar que pueda descubrirse nada. Pero ¿cómo has dispuesto el golpe?

—Tengo á mis hombres apostados detrás de un tenderete de esos que hay en la plaza, y así que pase el coronel dispararán. Son buenos tiradores, los mejores que conoce el cantinero, que los ha traído de Sanchidrián. Esta vez el golpe es seguro.

—¿Y los otros?—preguntó en voz muy baja Kindeland.

—Nada he podido saber de ellos: deben estar ocultos en Madrid. Yo sé cuanto ocurre en el regimiento. Ese imbécil sargento Castro me había dado una noticia que de pronto despertó mis sospechas; pero luego he sabido que se trataba de dos seminaristas de su pueblo que sentaron plaza. Él los conoce de pequeños,



—Bueno es que el coronel desaparezca,—repuso Kindeland;—pero luego nos conviene deshacernos de los otros. Tú y yo estamos en el caso de andar muy prevenidos.

—Pero aun hay quien me da más zozobra, y es la novia del teniente. Su desaparición me trae preocupado, porque es capaz de todo, llevada de su arrebatado amor.

—¡Alejandro, no descanses un momento, gasta todo el oro que quieras, pero librémonos de esos condenados enemigos! Todos nuestros planes pueden frustrarse si ellos consiguen introducirse en la expedición. Sé que La Romana atiende á cuanto le dice Jimeno, á pesar de ser su subalterno, por la amistad íntima que le une con Díaz Porlier.

—Y ¿quién más deseoso de su muerte que yo, humillado y escarnecido por ellos? Pero retirémonos: pronto va á dar la una.

IV

Sonó una campanada en el reloj de las Casas Consistoriales.

Por una callejuela desembocaron dos hombres.

A la incierta claridad de las estrellas pudo distinguir Espinosa unos entorchados de coronel.

Entonces una voz formidable, vibrante y terrible como una señal de alarma gritó:

—¡Centinela, alerta!

El coronel reconoció la voz de Espinosa, y comprendió el peligro.

Los dos hombres retrocedieron.

Méndez, que estaba de guardia y se hallaba en el zaguán de las Casas Consistoriales, salió á enterarse de lo que ocurría, y Espinosa le puso al corriente de todo en pocas palabras. Méndez se embozó en la manta, dejó el sombrero y se deslizó á gatas por los soportales sin ser visto.

Dirigióse hacia donde Espinosa le había indicado que encontraría al coronel.

Atravesó la plaza por detrás de los tenderetes pistola en mano, y vió dos sombras detenidas en la callejuela que quedaba entre las dos filas.

Dió un ligero silbido y el coronel se acercó.

—Dos asesinos ocultos entre esos tenderetes tienen orden de disparar á vuestro paso,—murmuró rápidamente al oído de su jefe.

—Ellos se lo habrán buscado, pues,—dijo el coro-

nel.—Méndez, retírate. Voy á volver con una ronda, y si resisten haremos lo que ellos se proponían hacer conmigo.

A los pocos minutos el coronel se presentó en la plaza con una fuerte patrulla.

Fueron reconocidos con cuidado los tenderetes, hasta que debajo de uno que estaba en medio de una hilera encontraron á dos hombres agachados.

—¡Daos presos!—gritó un soldado.

Dos trabucos respondieron á la intimación.

—¡Fuego!—gritó el coronel.

Resonó una descarga, seguida de gritos y terribles juramentos.

Luego, nada.

La patrulla se acercó y vió tendidos dos cadáveres.

Eran los de dos hombres de siniestra catadura, vestidos miserablemente.

Registróseles á la luz de una linterna, y al quitarles la faja cayéronles sendas bolsas de cuero llenas de monedas de oro y plata.

—¿No le parece á V. S. extraño, mi coronel,—dijo el sargento Castro,—que unos pordioseros como parece eran esos dos bribones llevasen tanto dinero encima?

—¡Diez doblones cada uno, justos y cabales!—dijo otro de la patrulla.

—Retíradlos y que se vea si alguien los reconoce,—repuso el coronel.

—Yo creo,—replicó Ortego,—que les he visto esta tarde con el cantinero.

Los soldados se llevaron los dos cadáveres.

V

Kindeland y Dupuy se habían asomado al balcón.

—¡Maldición!—exclamó Dupuy.—El coronel se pasea por la plaza y los soldados se retiran arrastrando dos cadáveres.

—¡Ira de Dios!—replicó Kindeland.—¡Si nuestros hombres han hablado antes de morir, perdidos somos!

—¿Cómo ha podido evitar la emboscada? ¡El infierno le protege!

—No lo comprendo. Nadie estaba en el secreto más que el cantinero.

—¡Nos habrá vendido!

—¡Imposible! Sabe que sólo al decir yo una pa-

labra le costaría ir á la horca. Tal vez el coronel se habrá puesto sobre aviso al oír el extraño — ¡*Quién vive!* del centinela.

— ¡Entonces es que el centinela habrá oído nuestra conversación!

— No lo creáis. El capitán de guardia había recibido orden de ponerlo en el extremo de los soportales, desde donde nada puede percibirse de lo que aquí se dice.

Pero Espinosa no estaba entonces en el extremo, sino á poca distancia de donde se encontraban ellos, y así, para ratificarles en su confianza, volvióse á la garita, y con voz que parecía mofarse de todas las emboscadas gritó otra vez:

— ¡Centinela, alerta!

VI

Al toque de diana formó el regimiento en la plaza. Todo eran hablillas acerca de los sucesos de la pasada noche. El cantinero parecía profundamente contrariado.

Al ir el coronel á recibir órdenes del general, éste perdió el color. El coronel mostróse más respetuoso que nunca.

— ¿Qué han sido los tiros de esta noche? — preguntó con voz severa Kindeland.

— Sencillamente, que dos hombres de mala catadura han disparado contra la ronda al intimarles que se entregasen, y ha habido que hacer fuego.

— ¿Se han reconocido los cadáveres?

— El cantinero dice haber conocido á los dos hom-

bres por el camino; pero no sabe sus nombres.

— ¿Han podido prestar declaración antes de morir?

— No, mi general. Únicamente es particular que se les encontrara mucho dinero encima.

— Y ¿qué os parece que significa eso?

— Quizás se trataría de una emboscada contra la preciosa vida de V. E., mi general.

— ¿Contra mí? A no ser que fuesen nuestros fugitivos... Aunque ellos se guardarán bien de acercarse.

— Pues contra mí mucho menos, mi general. Todos saben que no tengo enemigos.

— Y ¿sabéis vos que los tenga yo?

— Vucencia, al fin y al cabo, manda esta fuerza, y quizás algún envidioso de sus glorias, porque la envidia es terrible, mi general, trataba de quitarse á V. E. de delante.

— Basta, coronel.

— Mi general, siempre á las órdenes de V. E.

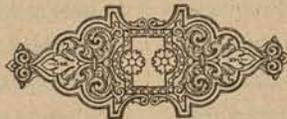
El coronel se retiró para ponerse al frente del regimiento.

La columna salió de Arévalo tocando la música una alegre marcha, cual si acabara de alcanzar una victoria. A Kindeland parecía molestarle el oír sus acordes y apretó el paso.

En un alto, el coronel procuró encontrarse con Espinosa y Méndez, y en voz baja les dijo:

— Gracias, amigos míos. No olvidaré que me habéis salvado la vida.

— Mi coronel, — dijo Espinosa, — siempre estaremos por vos *centinela alerta*



CAPÍTULO IV

A orillas del Rhin

I

BRILLANTE aspecto presentaba la expedición el día que se pasó revista en Burgos. Componía la el tercer batallón de Guadalajara, el regimiento de Asturias, el primero y segundo batallón de la Princesa y la infantería ligera del Rey y del Infante con 1,200 caballos.

Las tropas iban con poco entusiasmo, pero con admirable disciplina y llenas del deseo de distinguirse al lado de los franceses. Sin embargo, inspiraba universal aversión el general encargado del mando, y todos deseaban que cuanto antes llegase el marqués de La Romana para ponerse al frente.

Terminada la revista desfilaron las fuerzas en columna de honor por el paseo del Espolón. Kindeland era contestado cuando daba el grito de —¡Viva el rey! Pero las aclamaciones eran muy apagadas cuando á continuación profería el de —¡Viva el emperador! El instinto nacional no se engañaba al desconfiar del aventurero corso, y reinaba un indecible temor de que hiciese víctima á España de alguna de sus tenebrosas intrigas.

Así es que á los interesados en alejar cuanto antes de España las fuerzas útiles que pudiesen oponerse á una agresión napoleónica les tardaba en ver trasponer la frontera á las divisiones que iban á estacionarse en Hanóver, por lo cual Kindeland, vendido á Bonaparte, recibía á cada momento ór-

denes apremiantes para entrar presto en Francia. Hicieronse, pues, dobles etapas, y á mediados de abril entraba en territorio extranjero el cuerpo que debía verificarlo por Irún.

Nuestros soldados fueron recibidos en Francia más como prisioneros que como amigos. La incurable y fatal petulancia francesa creyó que el ejército español no era digno de compararse con su *Grande Armée*. Causábales profundo asombro ver á los soldados bailar y retozar alegres por la noche en las plazas y paseos al son de guitarras y pandere-tas, y miraban con extrañeza, semejante á bodoquería, las muchas mujeres y niños que iban acompañando á la expedición, así como los numerosos bagajes que formaban la retaguardia. Acostumbrados á aquellos formidables granaderos con gorra de pelo y á su pesada caballería, no creían sólidos ni temibles aquellos mozos cenceños, morenos, ágiles y vivarachos que constituían el núcleo de los batallones expedicionarios.

Por su parte, los españoles, convencidos de su superioridad, reíanse desdeñosamente del habla francesa y de las costumbres bastante ridículas de las ciudades del imperio. No les gustaban gran cosa las madamas y grisetas, y vivían aislados completamente, recelosos y un si es no es mohinos al verse tan lejos de la patria querida.

Nunca ejército alguno demostró más subordinación en un país extraño, esmerándose todos en dejar muy alto el nombre español. La permanencia en Francia les pesaba y preferían encontrarse más lejos y frente á francos enemigos conocidos que no entre aquellos desdefiosos aliados.

Avisado Kindeland de que el emperador deseaba que las tropas españolas no experimentasen por de pronto ningún desengaño ó contrariedad que pudiese promover disturbios, cesó en su infame persecución contra el coronel Jimeno. Además, ocupado incesantemente en impedir que continuasen las relaciones de los soldados con la tierra española, llevábase todo el día atareado en detener correos, interceptar envíos, poner obstáculos á los mensajeros y mantener al ejército, por todos los medios imaginables, en la mayor ignorancia respecto al espíritu que comenzaba á animar á España tocante á Napoleón.

No dejaban de murmurar algunos respecto á las frecuentes conferencias que Junot y Kindeland celebraban en Burdeos; pero nadie sabía á punto fijo sobre qué podían versar. Más tarde, cuando el día 18 de octubre de 1807 cruzó Junot el Bidasoa con un cuerpo de ejército formidable, cayeron todos en la cuenta de que los conciliábulos de Burdeos bien podían haber sido una serie de confidencias acerca del estado de las plazas de Burgos, Valladolid y Salamanca, tan traidoramente ocupadas por el calaveresco mariscal napoleónico.

II

Ya estaba en la Turena la columna que entró por Irún y en el Franco Condado la que lo hizo por la Junquera, y todavía no tenía determinado el déspota imperial qué habría de hacer de aquellas brillantes legiones, y así enviólas por de pronto á guardar el Elba y Hamburgo para oponerse á las tentativas de los ingleses, ansiosos de romper el bloqueo continental, pues no le convenía á Napoleón que las armas españolas adquiriesen fama y renombre peleando juntas con su guardia.

Su plan estaba ya medio realizado, gracias á la increíble torpeza de Godoy, tan cegado por la ambición cuanto corto de alcances. Juguete antes de la Inglaterra, habíase inclinado después á complacer á Bonaparte, fiado en las falaces promesas del

corso, que le dejaba vislumbrar un trono en los Algarbes, y quizás el de España. Como quien se mofa de un ente ridículo, Napoleón le obligó á dar dinero, le hizo perder las escuadras, le hizo mandar tropas á Italia, tropas á Hanóver, y para dejar más flaca todavía á la esquilmada España le obligó á mandar también una expedición á Portugal. De este modo no había temor á resistencia alguna para conseguir la posesión de la península. El favorito, digno ministro de un rey como Carlos IV, no cesaba de acceder á todas las irritantes exigencias del hombre de las Tullerías.

Por último, después de un largo acantonamiento en el departamento del Bajo Rhin, en el cual las tropas se alojaban muy dispersadas, recibió Kindeland orden de marchar á Hamburgo.

La nueva fué recibida con inmenso júbilo por los nuestros, á quienes la permanencia en Francia pesaba como una losa de plomo.

Salió de Estrasburgo la columna á mediados de junio y dirigióse á los Vosgos. Los soldados iban alegres: aquellas montañas, tan pobladas de árboles, les recordaban las de la patria. Gustaban de atravesar aquellos bosques de pinos, encinas, robles, abetos y chopos de gigantesca corpulencia; agradábalos encontrar ruinosos castillos y antiguos santuarios en su camino, y, libres en las montañas, se creían fuera del pesado dominio del emperador de los franceses.

No iban menos contentos nuestros héroes, exentos de la presencia odiosa de Kindeland, que marchaba algunas jornadas adelante; y, tranquilos respecto á sus infernales planes, no se recataban ya tanto de aparecer con su propia personalidad. El único que rabiaba era D. Ciriaco, que amenazaba cada día á su sirvienta con buscarle un reemplazo por sus largas ausencias, nocturnas antes, y ahora matutinas también.

Todos hablaban sin cesar de España, pero ninguna noticia se tenía de ella: sólo llegaban nuevas de las victorias que conseguía el emperador

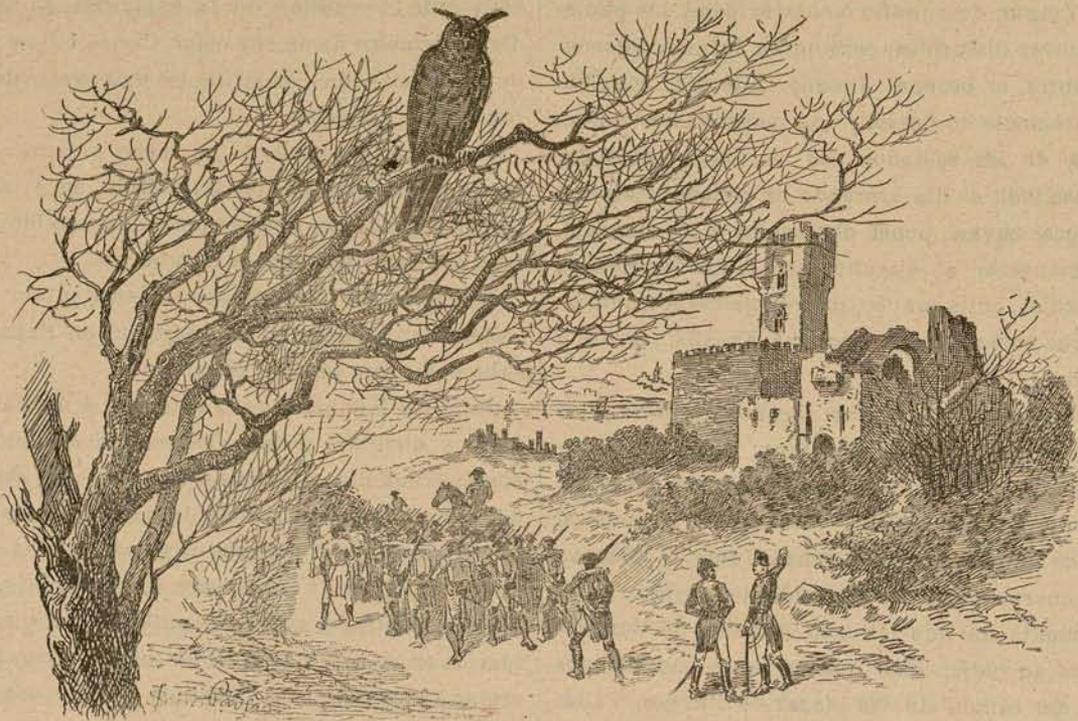
III

Bello es el Rhin, con sus orillas bordadas de verdura y su límpida corriente, en la que se reflejan castillos y catedrales sin cuento. Bello es cuando la luna se mira en el espejo de su ancha superficie,

iluminando con pálida y verdosa luz las altas almenas de las enhiestas torres y las blancas velas de los barquichuelos que sobre él se deslizan. Su curso caprichoso, que forma remansos incesantes, sugiere misteriosas ideas de seductoras y pérfidas ondinas. Excita la mente el contemplar cual brilla y centellea la pintada vidriera de una ventana góti-

ca, y queda sobrecogido de emoción el ánimo al divisar en lo alto de derruida plataforma la fantástica silueta de enorme buho que mira con redondos ojos las luciérnagas que relucen en la espesa yerba de los fosos.

Tales ideas debían acudir al capitán Méndez, por entonces Manuel del Río, cuando le dijo á Espinosa:



... al divisar en lo alto de derruida plataforma la fantástica silueta de enorme buho...

—No sé por qué me da en el corazón que en ese castillo, por delante del cual pasamos ahora, ha de ocurrir algún misterio. He visto una luz que ha ido recorriendo una tras otra las saeteras de la planta alta. ¿No te parece buena idea que fuésemos allá á ver qué es?

—Ya sabes que voy contigo siempre,—contestó Ricardo.—Vamos á decirle al coronel que nos dé permiso, pues que de sobras alcanzaremos al regimiento antes de que vaya á salir de Spira.

Cruzaron este diálogo los dos jóvenes en ocasión en que el regimiento marchaba, á la claridad de la luna, desde Landau á Manheim, pensando detenerse los soldados aquella noche en Spira para celebrar la verbena de San Juan.

A alguna distancia del camino, y en lo alto de una colina, levantábase un castillo de desmedidas pro-

porciones, que, según dijo el guía alsaciano, á quien preguntaron, se llamaba el castillo de Rehinsberg. El buen hombre se asustó cuando le propusieron si quería acompañarles á aquella morada, y, santiguándose repetidas veces, juró y perjuró que era una temeridad intentar acercarse siquiera al embrujado castillo, habitado de tiempo inmemorial por espantosos fantasmas y almas en pena: circunstancia, al fin, común á todos los castillos en ruina.

Una hermosa onza de oro mejicana dió al traste con los repulgos del honrado guía. El coronel concedió el permiso, y Ortego se agregó á los expedicionarios. En el regimiento no causó ninguna extrañeza la ausencia de los tres soldados, que pretextaron quedarse atrás por encontrarse aspeados. Dejaron sus fusiles, lleváronse las pistolas del coronel y de un capitán amigo, sin contar con tres

hermosos sables, y el guía se procuró antorchas, provisiones y una escala de cuerda.

La deferencia con que había visto que trataba el jefe de la columna á los dos soldados hizo que creyesen fuesen dos personajes de cuenta que habían sentado plaza por amor á Napoleón.

IV

Al ir á ponerse en camino insistió de nuevo el alsaciano en su resistencia á acompañarles.

El pobre hombre exclamaba desesperadamente en mal chapurreado francés:

—Pero ¿al castillo de Rehinsberg quieren ir sus mercedes? Pues ¿no saben lo que pasa en el castillo de Rehinsberg? Sólo entran en él los que tienen hécho pacto con el diablo, y no pondría allí mis pies; no digo por esta onza que aquí les devuelvo ahora, sino aunque me diesen toda la plata que hay en la ciudad de Estrasburgo. ¡No, no, no! No quiero ir.

—Irá V., mal que le pese, mi apreciable Segismundo,—repuso Espinosa, asiéndole vigorosamente por el brazo.—¡Vive Dios! ¡Un alsaciano, un combatiente de Jemmapes y de Valmy, retroceder ante una necia tradición popular! Cuentos de viejas, amigo Segismundo. Andandito, pues, y no pase V. cuidado alguno por los fantasmas ni por el diablo en persona que por allí anduviera, pues aquí estamos nosotros para impedir que le toquen á V. un solo pelo de la ropa.

Así hablando, tomaron por un camino pedregoso y encajonado que se dirigía á lo alto de la colina donde se asentaba el castillo. No cesaba en todo el trecho de rezar entre dientes el pobre guía, gimiendo á cada paso y santiguándose á cada dos.

Ortego iba detrás, convertido en viviente imagen de la obediencia pasiva, cargado con un saco, impaciente de curiosidad y pensando cómo contaría á la novia aquella aventura si por acaso iban á encontrar allí alguna princesa encantada.

—Pero ¿qué pasa ó ha pasado en ese castillo,—preguntó Méndez al guía,—para que inspire tanto temor? ¿Celebran en él las brujas su aquelarre?

—Lo que tendrá de particular este castillo,—dijo en voz baja Espinosa,—es que será alguna madriguera de ladrones; pero, aunque así fuese, somos tres valientes y llevamos un par de pistolas y un sable cada uno, sin contar con alguna navaja de Albacete

que traerá consigo Ortego y el cuchillo de monte que he visto en el cinto de Segismundo.

V

—Bien se conoce, señores, que venís de luengas tierras,—exclamó, por fin, el guía,—cuando no sabéis lo que es el castillo de Rehinsberg. Pero yo puedo decirlo mejor que nadie, porque mi padre estuvo en él cierta noche, verdad que en ocasión en que no estaba muy sereno, y no dejó luego de contarme muchas veces las horrorosas escenas de que fué testigo presencial.

—Y ¿qué vió su padre de V. en el castillo?—preguntó Méndez.—Y ¿qué le pasó en él para inspirarle tal terror?

—Pues le pasó lo que vais á saber, señores,—dijo el guía mientras emprendían la marcha por el escabrosísimo sendero.—Hace tres siglos, justos y cabales, á creer lo que cuentan nuestras crónicas, que era jefe de la noble familia de Herleichingen el conde Enrique de Rehinsberg, guapo mozo, pero libertino sin igual y pendenciero, sin fe ni ley, y dechado, en una palabra, del hombre que todo lo fia á la violencia y no obedece á ningún freno. Arruinado, perseguido, y sin un amigo que le prestase dos florines, vino el conde á ese castillo, único resto de su inmenso patrimonio, resuelto á llevar en él la vida de bandolero...

—¡Cáspita!

—No hay más: de bandolero. Rodeóse de unos cuantos lansquenets y suizos, y no fué eso ya ningún castillo, sino una guarida de forajidos. El conde, sin embargo, no tardó en encontrar á faltar algo. La compañía de un paje y un escudero, peores que él, si cabe, no bastaba á satisfacer las necesidades de su corazón; y así, un día, bonitamente, va y roba á una sobrina suya, aunque no me atreveré á afirmar que en vez de raptó no hubiese sido una fuga perfectamente voluntaria, pues algo deja sospechar de esto la verídica crónica que os he dicho.

—Vamos: la cosa se va haciendo interesante. Ya tenemos una capitana.

—La sobrinita, que se llamaba Matilde, comparó al principio muy tranquila y satisfecha aquella vida de escandalosos crímenes; pero un día, precisamente la víspera de San Juan, como hoy, dióle una corazonada: arrojóse á los pies del conde, le

rogó por Dios y los santos abandonasen aquella horrible existencia y se arrepintiesen de los crímenes que llevaban cometidos. Pero ¡nunca tal hiciera! Ebrio ó no, pero azuzado, indudablemente, por sus compinches, respondióle Enrique á su infeliz compañera hundiéndole un puñal en medio del corazón.

—¡Qué horror!—exclamó Méndez, como si aquello fuese tan cierto como el Evangelio.

—Ellos, como si tal cosa, siguieron bebiendo y cantando hasta rodar por el suelo, con una borrachera espantosa. Los criados se llevaron á la cama á los tres borrachos; y en cuanto á la muerta, la envolvieron en una sábana, y de fijo la enterrarían en alguna parte.

—Probablemente,—repuso Espinosa.

—Bueno. Trascurre un año, y los tres bandidos se sientan, como de costumbre, á la mesa para pasar toda la noche en una orgía. Suenan doce campanadas, y, ¡oh prodigio!, comparece Matilde, la cual, por otra parte, se les aparecía cada noche en sueños, ocasionándoles las más espantosas pesadillas; pero esta vez no dormía nadie, sino que estaban todos ellos bien despiertos. Comparece Matilde, digo, y, no sé si invitada ó no, se sienta con los tres miserables á la mesa, come, bebe, canta, baila, hace mil locuras, y, por fin, coloca su mano sobre el corazón de los tres bandidos y caen todos muertos, echando llamas por donde les había tocado.

—¡Magnífica leyenda!—exclamó Espinosa.—Decididamente, no hay como el vino de Joanehisberg y el cielo de Alemania para inspirar ciertas historias.

—Conque ¿seguís creyendo aún que lo que estoy diciendo es cuento?—respondió Segismundo, muy picado en su amor propio.—Pues no he concluído todavía. Seguid oyendo. Desde que al conde y á sus dos sicarios se les hubo llevado Pateta, el castillo quedó propiedad del demonio, y nadie que no tuviese hecho pacto con él podía entrar. Mi padre, sin embargo, como ya os he dicho antes, entró, y vió lo que voy á contaros ahora.

—¿Entró sin haber hecho pacto con el demonio?—replicó Espinosa.

—Sin haberlo hecho. Lo que hay es que bebió más de lo regular, en honor á San Juan, y sin saber lo que se pescaba hizo en la taberna con unos camaradas la apuesta de que entraría en el casti-

llo. Por lo demás, siempre fué mi padre buen cristiano, incapaz de tener ninguna clase de relaciones con los espíritus malignos.

—Bueno. Y ¿qué vió su padre en el castillo?—preguntó Méndez con vivísimo interés.

—Vió á Matilde, al conde Enrique, al escudero y al paje. Ella bailaba, poniéndose la mano en la herida, y los otros tres estaban sentados, ardiéndoles el corazón. Entonces echó á correr y no paró hasta las gradas de la catedral de Landau, donde le encontraron profundamente dormido al día siguiente.

—Perfectamente explicado,—replicó Espinosa.—A su padre de V. le pasaría, sin duda, lo que le pasó á un paisano nuestro llamado D. Quijote de la Mancha en las cuevas de Montesinos; sólo que el manchego que he dicho no había probado demasiado vino del Rhin.

Un terrible trueno interrumpió al escéptico teniente, y á la luz del relámpago que le precediera vieron que estaban ya á tiro de piedra del castillo.

—¡Jesús nos valga!—murmuró Ortego, que mientras la conversación de sus compañeros de viaje había estado rezando el santísimo rosario.

—¡Adelante!—exclamó Méndez, poseído de extraña excitación.

VI

Levantábase el castillo de Rehinsberg en la meseta de una abrupta montaña de peladas rocas, dominando con su mole gris erizada de torres una vasta llanura por la cual serpenteaba el Rhin. El foso había quedado cegado de largos años, á lo que se veía, lleno de piedras y ruinas, y las puertas de roble que cerraban la puerta de entrada amenazaban caer sobre el que se acercase á ellas. Los cuatro expedicionarios, sin embargo, ó, por mejor decir, Espinosa y Méndez, no vacilaron en aproximarse y, lo que es más, en forcejear hasta hacerla venir al suelo con formidable estruendo.

Los cuatro, entonces, pasando por encima de robustos jaramagos, zarzas y cambroneras, y de montones de sillares desprendidos de la bóveda, entraron en un largo zaguán, cuyas baldosas no habían resonado bajo planta humana desde los tiempos de Carlos V emperador.

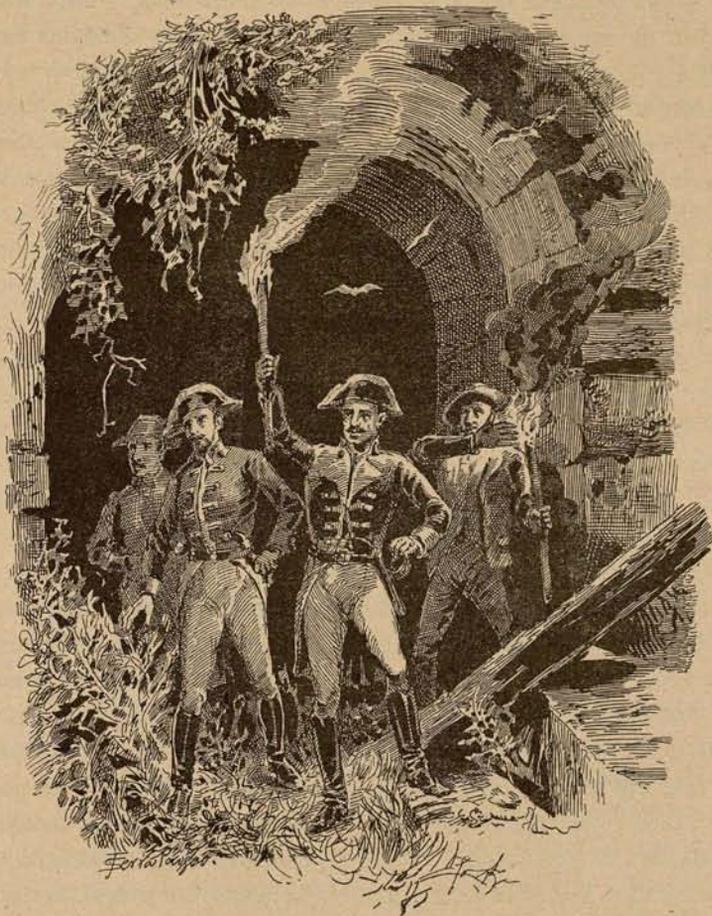
Encendieron las antorchas, y al punto revoloteó

por los aires, agitando la llama con sus recios aleteos, un verdadero ejército de murciélagos, buhos, lechuzas, grajos, cuervos y aguiluchos, que á bandadas huían de las grietas y rendijas del viejo edificio, exhalando lamentables graznidos.

Llegaron á la plaza de armas. En el centro se

levantaba el brocal de una colosal cisterna; á la izquierda veíase un cobertizo que debió servir de caballeriza, según lo denotaban varias anillas de hierro clavadas en la pared, y á la derecha muros y torreones.

Segismundo no quiso pasar de allí, diciendo que



Encendieron las antorchas...

los diablos de los pesebres nunca son malos; y así, después de haberle dejado una antorcha, provisiones y vino, emprendieron los tres soldados la marcha hacia la escalera de honor.

Gran parte de las paredes se había desmoronado acá y acullá, formando caprichosas barricadas. Puertas, vigas, jácenas, montantes, balaustradas y restos del artesonado de los techos cruzábanse y entretejíanse en todos sentidos por encima de la escalinata.

Las viejas ventanas que prestaban luz al vestíbulo y á las escaleras se habían venido al suelo

desde tiempo inmemorial, arrancadas por las tempestades, y sólo se reconocían sus vestigios por el ruido de vidrios rotos que al hollarlos con su planta producían nuestros aventureros.

Cayó entonces una lluvia torrencial, introduciéndose con espantable rumor por las aberturas; silbaba horroroso el viento, y brillaban á cada momento los relámpagos, seguidos de tremendos estampidos.

Ortego temblaba y decía la oración de Santa Bárbara; Espinosa estaba serio, y Méndez fuera de sí, como un visionario.

VII

Llegaron al primer piso.

A la izquierda se abría un largo corredor, estrecho y oscuro, cuyas profundas tinieblas no alcanzaban á vencer las luces de las antorchas. Enfrente se veía la sala de armas, según acreditaban que lo era las dos filas de banquetes que la circuían y las panoplias que colgaban de los muros, compuestas de armaduras, espadas y lanzas mohosas y desvenecijadas, viéndose, además, esparcidos por el suelo, mosquetes, partesanas, lanzas, sables y correaes.

Después de atravesar la sala, encontráronse los tres españoles en una galería gótica muy larga, de mediana anchura, á cuyo lado derecho se abría una preciosa galería ojival de finísimas arcadas, pero cuyo suelo estaba también tan ruinoso que amenazaba ceder al peso del que se atreviera á poner en él su planta. Notáronlo los tres soldados y se dirigieron hacia la izquierda, en donde el piso parecía más resistente.

Méndez iba delante.

—¡Hay cuadros en la pared!—exclamó de pronto, dando un grito.—¡Retratos!

En efecto: de la pared frontera á las arcadas colgaban viejos cuadros, retratos de los antiguos condes, con los lienzos ennegrecidos, descoyuntados los marcos, y todos reñidos con la vertical.

El carácter entusiasta y soñador de Méndez no podía en su vida tropezar con aventura más propia para exaltarle, y sin haberla visto ni hablado estaba ya enamorado de Matilde de Rehinsberg.

Iba con la antorcha mirando los retratos, de uno en uno, todos ellos de hombre, procurando distinguir las figuras al través de la capa de moho que las ocultaba, cuando al llegar á los últimos cuadros cogióle Espinosa de un brazo y dijo con viveza:

—¿No ves eso? ¡Pardiez, que si este retrato estuviese mejor conservado ó lo tuviésemos más cerca, habríamos, ó, por mejor decir, habrías de extasiarte ante los hechizos de Matilde, pues hemos de suponer piadosamente que es la suya esta imagen! ¡Valiente rubia, con perdón sea dicho de Rosario! ¡Qué de elegancia en su talle! ¡Qué garbosa su actitud! ¡Qué mano! ¡Qué brazos! Realmente merece que se la llame la más seductora de las rubias.

—Y ¡qué ojos!—contestó Méndez.—¡Oh! ¡Qué mujer! ¡Jamás, jamás he visto un rostro más divina-

mente hermoso! ¡Cómo vaga por sus labios esa melancólica sonrisa! ¡Qué pasión en su mirada! ¡Por qué no viví cuando vivía esa mujer! ¡Oh Matilde!

—Creo que estamos disparatando los dos,—repuso Espinosa.—Lo que estamos mirando no es más que un buen retrato de una dama guapa, á la que tal vez conocería á fondo Carlos V.

—Tienes razón,—dijo Méndez bajando la cabeza.—Va en traje de dama de aquel tiempo.

—A ver, á ver,—replicó Espinosa.—Aquí hay unas letras.

Acercaron la luz y quitaron con un pañuelo el polvo que cubría un bonito *cartucho* pegado al borde inferior del marco.

Realmente había unas letras, pero estaban casi borradas.

—Son caracteres góticos,—dijo Méndez;—mas ¡por mi vida, que he de leer eso!

Al cabo de algunos minutos el entusiasta capitán dió un grito de alegría.

—¡Matilde de Rehinsberg! ¡Dice Matilde de Rehinsberg!—exclamó.—¡Ella, ella es!

—Es verdad,—repuso Espinosa.—Las letras dicen eso, y ese escudo de armas, en el que se ve pintado un castillo en lo alto de un monte en sinople y un río de plata en campo de oro, debió ser de la familia. ¡Pues siendo así, esa infortunada ha existido realmente y ha habitado en este castillo! Pero se nos hace tarde. ¿Vamos más adelante?

—Vamos, vamos,—contestó Méndez, que no podía separar sus ojos de los del retrato.

Espinosa iba precediendo á sus compañeros con la antorcha. De pronto, exclamó alegremente:

—¡Eh! Vais á ver un salón que parece el refectorio de Poblet. ¡Oh! ¡Qué magnífico local para cuerpo de guardia! Reconozco que el dueño del castillo era un señor de exquisito gusto.

VIII

La sala era una pieza inmensa, mejor conservada que las otras. Penetraba la luz por dos altas y estrechas ventanas ojivales en perfecto estado de conservación. Las paredes estaban tapizadas de guadamaciles de Córdoba con figuras estampadas, y arrimados contra ellas veíanse grandes sillones de vaqueta, bajos de asiento y altísimos de respaldo, más imponentes aún por su antigüedad que por

su severa construcción. Una colosal chimenea, flanqueada por dos gigantescas cariátides, mostraba su desmedida abertura en la pared de la izquierda. A pocos pasos había una gran mesa ovalada de nogal tallado, la misma, tal vez, que serviría para los banquetes.

Nuestros héroes fijaron cuatro antorchas en sendos candelabros, quedando fantásticamente iluminada la vasta pieza y desapareciendo sumida en densas tinieblas la parte próxima á la galería por donde habían penetrado. Parecía como que la oscuridad que allí reinaba misteriosamente separase á aquellos atrevidos huéspedes del vulgo de los mortales.

—Los vecinos de Landau, al ver estas luces,—dijo Espinosa,—van á aferrarse en su creencia respecto á las singulares aventuras que suceden en este castillo la víspera de San Juan. Es la hora en que Enrique comparece á sentarse á su banquete infernal, y la luz que debe distinguirse desde fuera al través de las ventanas hará á cualquiera el efecto de una fiesta de demonios. Tal vez una circunstancia parecida es la que dió motivo al padre de Segismundo para decir que vió lo que su hijo nos ha contado.

—Pues yo puedo asegurar á Vds.,—dijo Ortego,—que al pasar por la carretera he visto luces en las ventanas bajas de este castillo.

—Es verdad,—dijo Méndez.—Cree, Ricardo, que había luces, como entonces te he dicho.

—Quizás sería algún incendio casual, ó es que se vería el fulgor de alguna fogata al través de las aberturas. Ya sabes que hoy es día de encender hogueras en muchas comarcas, y tal vez exista aquí igual costumbre.

—Yo creo,—repuso Méndez,—que el padre de Segismundo vió realmente lo que contó. Puede que se les ocurriese á algunos bromistas representar aquí la antigua tradición del banquete.

—Pues, chico, á mí se me ocurre ahora,—contestó Espinosa,—una idea magnífica, y es que representemos también nosotros la tal escena. Vayamos á la armería y nos pondremos cada uno un coselete de manera que parezcamos tú Enrique y yo el impío escudero; y luego le hacemos tres aberturas al saco de las provisiones, que, afortunadamente, es rojo y azul, se lo ponemos á Ortego, y con esa carita imberbe y sonrosada que tiene va á resultar el pajecico de marras hecho y derecho.

—¡No seamos niños!—replicó Méndez.

—Pero, hombre, ya verás qué bien nos van á sentar esos trajes.

Efectivamente: el intrépido teniente tomó una antorcha, fué á la sala de armas y descolgó dos corazas, volviendo con ellas al poco rato.

IX

Méndez no quería, pero Espinosa insistió, y acabó por dejarle hacer. Quitáronse las casacas y se pusieron los coseletes, llevando el teniente su amor á la exactitud hasta quitarse una hermosa faja de seda encarnada que llevaba y ponérsela á su amigo cruzada en bandolera. Así iba ataviado uno de los personajes que había en la galería de retratos, que se le antojó fuese el propio conde Enrique. A Ortega le adornaron con el saco, que, á la verdad, se asemejaba á una dalmática.

Con ello, los tres parecían realmente hombres de otra edad. Háblale crecido la barba á Méndez, con lo cual y la expresión extraordinariamente agitada de sus ojos parecía un guerrero del tiempo de Carlos V. Espinosa, barbilampiño irremediable, semejaba un intrépido cuanto avisado escudero, y la candorosa fisonomía de Ortego se avenía perfectamente con su papel de paje.

Sentáronse á la mesa, y, á la vez que Ortego ponía encima las provisiones, no se descuidó de dejar tampoco á su lado las pistolas que sus dos compañeros se habían olvidado en la casaca, y los sables que habían traído consigo.

—Ya estamos los tres,—dijo Espinosa;—pero nos faltará la bella Matilde. Si ese gallina de Segismundo hubiese querido seguirnos hasta aquí, le hubiéramos encargado del principal papel, aunque para ello hubiese tenido que ir á buscar ropa en el propio dormitorio de la castellana.

—Matilde viene á los postres,—dijo extrañamente Méndez.—Esperemos á ver si vendrá.

—Pero ¿V. cree que vendrá, mi amo?—preguntó azorado Ortego.—Sólo podría ser alguna ánima en pena, y entonces ¡pobres de nosotros! Le preguntaremos qué quiere para el otro mundo.

—Estás disparatando,—dijo Ricardo.—Bebamos. Si el cantinero no me ha engañado, este Jerez seco es realmente seco y de Jerez, y esta botella de Tintilla de Rota es realmente de Tintilla. En cuanto á

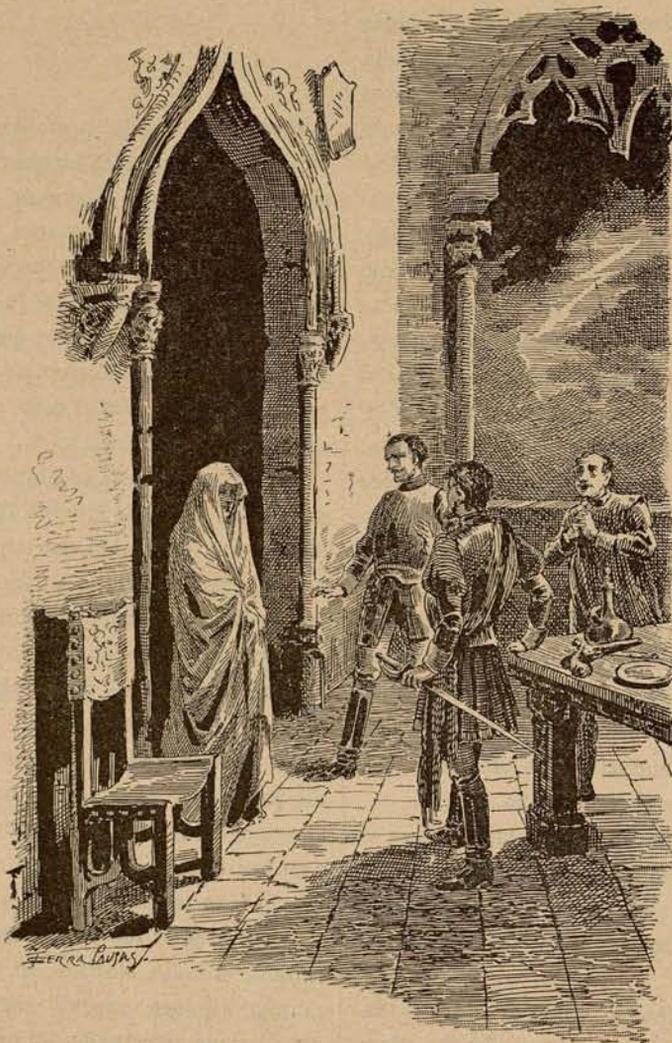
ese vino de Auxerre, no garantizo su verosimilitud, como no garantizo nada francés, dicho sea con perdón del emperador y de nuestro señor rey don Carlos IV.

Los tres camaradas apuraron las dos botellas, y

se disponían á dar cuenta de la tercera, cuando llegó hasta ellos el eco del reloj del campanario de Laudau que daba las doce de la noche.

—¡No vendrá!—dijo Méndez con desaliento.

—¡Ha pasado la hora de los aparecidos!—excla-



—Héme aquí,—dijo el fantasma...

mó Ortego, como si le hubiesen quitado de encima un peso enorme.—¡Alabados sean los benditos cuatro santos de Murcia!

—Voy á tirarle de las orejas á Segismundo,—repuso Espinosa.—¡Las doce, y nada! Pero, con todo, ahora que Rosario no me oye, he de echarle un brindis á esa D.^a Matilde, á quien hubiera tenido mucho gusto en conocer personalmente, como á todas las barbianas del universo. Por lo tanto, bra-

vos camaradas, antes de dejar este magnífico albergue en el que hemos celebrado la víspera de San Juan sin guitarras, ni fogatas, ni rosquillas, despedámonos de él brindando por Matilde. ¡Caballeros, por la bella sobrina de Enrique!

—¡Por Matilde!—añadió Ortego, no muy sereno.

—¡Por Matilde de Rehinsberg!—dijo Méndez.

—Héme aquí,—exclamó una voz que salía de la galería de los cuadros.

Méndez se puso en pie, lleno de sorpresa, y Ortego se santiguó murmurando una oración.

—¿Eh?—dijo Espinosa, algo inmutado.—¡No es mala broma! ¿Quién va?

Espinosa miró hacia la galería, sin distinguir á nadie.

—Será Segismundo, que se habrá puesto alegre, —añadió, — ó algún camarada del regimiento que nos habrá seguido sin que lo notásemos.

—Héme aquí,—repitió la voz.—¡Salud y gloria á los valientes huéspedes españoles del castillo de Rehinsberg! Ya veis como he venido.

Todos dejaron sus asientos y tomaron las espaldas que estaban sobre la mesa.

—¡Es una voz de mujer, de joven!—exclamó Méndez, mirando á la puerta con serena sonrisa.

X

En aquel instante pudieron los tres convidados distinguir un blanco fantasma que corría hacia ellos con indecible rapidez y que, una vez cerca de

la mesa, dejó caer el sudario en que iba envuelto. Pasó entre los tres, que estaban de pie, dos á un lado y uno al otro, y se sentó en el sitio destinado á Matilde.

—¡Héme aquí!—dijo el fantasma, dando un prolongado suspiro y apartando de su rostro dos oleadas de cabellos rubios que coronaban la más sorprendente hermosura que jamás hubiesen visto los presentes.

—¡Es una mujer de veras, mi amo!—dijo en voz baja Ortego á Espinosa.

—Sentémonos, señora,—repuso Méndez,—y quedad honrarnos compartiendo nuestra cena.

Sirvieron de comer y beber á la desconocida, que no decía ya palabra y demostraba tener no menos hambre que sed. A los pocos minutos cada uno de los circunstantes parecía estar ensimismado: todos permanecían inmóviles y mudos.

Ortego tenía las manos cruzadas como si rezara; Espinosa apenas resollaba y estaba pálido y turbado, sin aquella expresión de audacia que le caracterizaba. En cuanto á Méndez, parecía que toda la vida hubiese estado enamorado de la bella.



CAPÍTULO V

Matilde de Rehinsberg

I

LA desconocida tendría veinte años todo lo más. Era alta, magníficamente formada. Su frente tersa, algo estrecha y dulcemente ovalada; sus grandes ojos, de azul oscuro, llenos de luz en las pupilas y sombreadas por largas y oscuras pestañas y por unas cejas algo pobladas y arqueadas graciosamente; su nariz, trazada con una corrección griega; su boca de encarnados labios y blanquísimo dientes; su cuello redondo cual graciosa columna de alabastro; el opulento seno, las finas y menudas manos, su talle ligero y majestuoso, que dejaba admirar la suave amplitud de los hombros y la estrechez inverosímil de la cintura para extenderse luego en armónica curva por las caderas, constituían un conjunto de extraña y fascinadora belleza.

Era una verdadera obra de estatuaria, con la inmovilidad de las Venus clásicas. Su hermoso semblante se mantenía impasible; sus ojos no pestañeaban y miraban vagamente; su boca entreabierta parecía no dar paso al aliento; su cuerpo entero estaba inmóvil como una estatua de mármol.

Iba extrañamente vestida, por el estilo del retrato de Matilde que admiraron en la galería nuestros curiosos. Llevaba un traje de damasco azul, de gran riqueza, pero ya ajado y viejo.

La tez marmórea de la desconocida se había tor-

nado ligeramente sonrosada. Los tres miraban á la joven enteramente arrobados.

La desconocida rompió, por fin, el silencio en puro español y con acento embelesador.

—¡Cómo, nobles caballeros!—dijo dejando errar por sus labios una irónica sonrisa.—¿Habré tenido la desgracia de interrumpir vuestra alegría en esta agradable velada? No pensabais, cuando hellegado, más que en tenerme junto á vosotros, y veo que así que he comparecido permanecéis silenciosos y absortos en profundos pensamientos. A saber el efecto que tenía que causaros, no hubiese respondido de fijo á vuestro galante brindis.

—Perdonadnos, señora,—respondió Méndez.—Nada tiene de extraño que, al contemplar belleza tan celestial como la vuestra, hayamos quedado todos maravillados y suspensos.

—Señora,—repuso Espinosa,—mi amigo ha dicho la verdad. El sentimiento que vuestra belleza nos inspira nos tiene avasallados; y en cuanto á la visita que os habéis dignado hacernos, reconozco que nos ha causado una pasajera sorpresa, no del todo infundada. Ciertamente que nada nos permitía esperar tener el honor de encontrarnos con dama tan distinguida. Sed bien venida, pues, señora, y aceptad nuestro saludo de caballeros; pero permitidnos también que nos atrevamos á preguntaros,

para rendiros nuestros homenajes, á quién tenemos el honor de hablar.

—¿Mi nombre preguntáis?—contestó ella.—Dios me es testigo de que no he hecho más que responder á vuestro llamamiento.

—¡A nuestro llamamiento!—exclamó Ortego santiguándose.

—Ciertamente,—replicó ella con dignidad.—Soy asaz discreta para entrometerme en parte alguna donde no me llamen. Yo soy Matilde de Rehinsberg.

—¡Ave María Purísima!—repuso consternado Ortego.—¡El cielo y el glorioso San Fulgencio nos valgan! ¡Misericordia divina!

Nada expresaba la figura de la aparecida que denotase fingimiento y engaño.

Méndez continuaba embelesado, sin poder hacer más que mirarla, haciendo otro tanto Matilde con el apuesto capitán.

—Señora,—dijo Espinosa, siempre sereno,—si se os antoja que os llamemos Matilde de Rehinsberg, ya que las circunstancias favorecen este dictado, así seguiremos llamándoos, tanto más en cuanto vuestra belleza os autoriza para tomar el nombre de aquella hermosura portentosa; pero si la cortesía nos obliga á llamaros como decís, permitid que os manifieste que nuestra credulidad no llega hasta admitir que en realidad así sea.

—No os pido que me creáis, señores,—respondió con altivez Matilde;—pero así no me perdone Dios, así no pueda verme redimida nunca y siga condenada por siempre á los tormentos por que estoy pasando, si el nombre de Matilde de Rehinsberg no es el mío verdadero. ¿Qué interés había de tener yo en usurpar un nombre que tanto interés tengo en ocultar, y con qué derecho podéis rechazar vosotros la confesión, harto penosa, de una infortunada cuyos tristes destinos sólo pueden inspirar piedad?

Las lágrimas se escaparon de sus ojos, y Méndez se aproximó á la bella, con emoción siempre creciente, en tanto que Ortego se santiguaba de continuo todo lo disimuladamente que podía.

—Ved, caballeros,—dijo ella, quitándose del brazo un brazalete de oro medio carcomido por los años, y echándolo desdeñosamente á Espinosa,—ved el último presente de mi madre y la sola joya que de su herencia me haya quedado en la miserable vida que estoy llevando.

El castillo sobre un monte en siople, incrustado en finas esmeraldas, y el río de plata en campo de oro, y el nombre *Rehinsberg* grabado en góticos caracteres, podían distinguirse claramente bajo la herumbrosa del tiempo.

Espinosa tomó respetuosamente el brazalete y se lo devolvió á Matilde, haciendo una profunda reverencia; pero nada de esto notó ella en el estado de exaltación en que se encontraba.

—Si hubieseis de menester otras pruebas,—repuso, como si fuese presa de un delirio,—¿no han llegado hasta vosotros las nuevas de mis infortunios? ¡Ved!—añadió, desabrochándose el corpiño y mostrando una cicatriz en el seno.—¡Aquí me hirió el puñal!

—¡Misericordia! ¡Misericordia!—exclamó Ortego levantando la cabeza y echándose con indecible angustia sobre el respaldo del sillón.

II

Matilde hizo un movimiento, mezcla de pudor y lástima para abrocharse de nuevo el entreabierto corpiño y ocultar su seno á los ojos extraviados de Espinosa y á los de Méndez, decididamente enloquecido por la bella.

Reinó un profundo silencio, absoluto, largo, tristísimo. Cada uno de los comensales era presa de particulares preocupaciones. Ortego, aterrado, no tenía ni ánimo siquiera para rezar las oraciones contra las apariciones diabólicas; Méndez sentía que iba enamorándose con vertiginosa rapidez, y Espinosa se mostraba desconfiado y ceñudo. En cambio, la fisonomía de Matilde se mostraba mucho más animada que al principio, viéndose claramente que su atención se fijaba casi exclusivamente en el capitán.

Por último, rompió el silencio y exclamó riendo:

—¡Parece he venido tan solamente á aburrirlos, y es cosa que no quiero! ¡Ea! ¡Fuera esas malas caras! ¡Bebamos y cantemos!—Y tomando una copa añadió:

—¡Señores: Matilde de Rehinsberg saluda á los valientes que esta noche honran su castillo! ¡A vuestra salud, nobles caballeros, y que el Cielo proteja vuestras empresas! ¡Brindo, hidalgos españoles, porque si no amáis podáis encontrar pronto una beldad que os ame y sea digna de vosotros!

—¡Yo sí, amo,—exclamó Méndez,—y amo para siempre! ¿Quién podrá veros y no adoraros? ¡Brindo por Matilde de Rehinsberg, por la hermosísima Matilde!

—¡Por Matilde!—repuso Espinosa.

—¡Por Matilde!—murmuró Ortego, sin dejar su sitio y sin probar el vino.

—¡Por todos vosotros!—repitió Matilde llevando otra vez el vaso á los labios y dándolo en seguida á Méndez, que lo apuró precipitadamente, sintiendo á la vez el brazo de la bella enlazado al rededor de su cuello.

—¡Ay de nosotros!—murmuró Ortego.—¡Ahora cantará, sin duda, para acabarnos de perder!

Y así fué, entonando la misteriosa joven una melancólica canción, especie de balada alemana probablemente del tiempo de los Minnesinger.

Nuestros héroes quedaron extasiados desde los primeros acentos de Matilde. No hay términos humanos capaces de describir lo que aquellos hombres sentían. Espinosa había salido de su aire algo taciturno y contrariado y fijaba atentamente en Matilde sus grandes ojos negros con la expresión de un placer mezclado de sorpresa. Ortego mismo había cambiado de posición; pero las dulces sensaciones de la música comenzaban á triunfar de sus temores de pobre labriego de Murcia y soldado bisoño. En cuanto á Méndez, cuya organización era eminentemente espiritual y nerviosa, estaba como trasportado á otro mundo, fuera de sí. Matilde, arrobada, anegada en deliquios inefables, fué á perderse en inspiraciones más sublimes aún que todo lo que habían escuchado los tres camaradas.

Una exclamación de entusiasmo resonó en la sala al terminar el canto de Matilde.

Espinosa llenó de nuevo las copas y saludó á la hermosa artista.

De pronto hizo Matilde ademán de retirarse, recogiendo la sábana que había dejado caer al entrar. Méndez se levantó entonces y, dirigiéndose hacia ella, la abrazó estrechísimamente.

—¡No te vayas ó me muero!—exclamó.

—¡Me voy, me voy, me he de ir,—respondió ella,—y me moriré si tú no vienes! Alma de tu Matilde, Enrique mío: ¿no vendrás, no vendrás? ¡Dime!

—Sí, sí,—repuso Méndez, como fuera de sí, mientras sus dos compañeros, como si estuviesen bajo un extraño influjo, permanecían inmóviles.

—Oye, Enrique mío,—continuó diciendo Matilde.—Al salir de esta sala verás á la derecha un corredor largo, estrecho y oscuro. Seguirás hasta el cabo con precaución. Ten cuidado con las mil revueltas que tiene; pero yendo derecho no te extraviarás. Encontrarás al final unas escaleras, por donde, de piso en piso, se baja á los subterráneos. Anda, anda sin parar, y llegarás á una escalera más ruinosa aún que el resto. Yo estaré allí y te guiaré, y en aquel sepulcro en que habito seré tuya, tuya para siempre, bien de mi alma, pero sólo allí. No dejes de venir... Te espero... No tardes, no; no tardes, bien mío...

—¡Iré, iré!—exclamó Méndez, de cada vez más fascinado.—¡Antes mil muertes que dejar de seguirte, aunque fuese á lo más profundo del infierno!

—¡Pues quien me ame que me siga!—prorrumpió Matilde lanzando una siniestra carcajada, al mismo tiempo que se envolvía en el sudario y desaparecía en la oscuridad.

Ortego y Espinosa continuaban en su sopor como presa de una pesadilla. El capitán tomó una antorcha y se precipitó fuera de la sala, dirigiéndose al corredor; pero, por rápido que hubiera sido su paso, no alcanzó á ver ya la blancura de la aparición. Así anduvo largo tiempo entre intrincados pasadizos, en los cuales procuraba adivinar las huellas de la desconocida, viéndose estorbado el paso por bandadas de mochuelos deslumbrados por la inusitada claridad de la antorcha y cediendo á cada momento bajo sus pies las desquiciadas baldosas. Por fin, oyó una voz que amorosamente le decía:

—¡Enrique mío! ¡Ven, ven! ¡Aquí estoy, que te espero!

Y, sin saber de dónde había salido, sintió junto á sus labios los de Matilde.

La antorcha cayó al suelo lanzando pálidos reflejos, recogióndola el capitán después de un momento de agudísima emoción.

Bajaron una escalera estrecha y desempedrada, en la cual faltaban á cada momento los peldaños, y llegaron á una estancia baja y húmeda, cuyo suelo estaba cubierto de paja y yerbas marchitas.

—¡Ya estamos en mi sepulcro, bien mío!—exclamó Matilde.

—¡Tú, tú aquí! Pero ¿no ves nunca la luz del sol?—repuso Méndez con ansiosa lástima.]

—Deja de preguntarme eso, amor mío. ¡Oh! ¡Qué



—¡POR TODOS VOSOTROS!— REPITIÓ MATILDE



feliz soy contigo! ¡Cuánto tiempo hace que te esperaba! ¡Ah! ¡Ya sabía yo que no faltarías y que habías de encontrarme! ¿Me amas? Dime, dime si me amas. Y dime también que jamás me abandonarás ya.

—¡Yo abandonarte! Hasta la muerte te seguiré, Matilde mía; y si quieres permanecer eternamente aquí, aquí me estaré eternamente mientras sea sentirte junto á mi corazón.

Largo tiempo permanecieron allí los dos enamo-

rados á la mortecina luz de la antorcha, que ardía con pálido fulgor. Veíanse luciérnagas discurrir por la yerba y oíanse caer gotas de agua con muelle rumor sobre el pavimento.

III

Entretanto, habían salido de su letargo Espinosa y Ortego. A través de los altos ventanales empeza-



—¡Ya estamos en mi sepulcro, bien mío!

ba á penetrar una débil claridad. Acababan de consumirse las antorchas.

—Ya viene el alba,—murmuró Ortego.—¡Jesús, qué brujería! Parece un sueño lo que ha pasado aquí esta noche, mi amo.

—¡Horrible pesadilla!—contestó Espinosa.—Méndez, vamos ya,—añadió, buscando al capitán.

Nadie respondió.

—¡Enrique! ¡Enrique!—gritó Ricardo, alarmado.

—¡No está, mi teniente, no está!—exclamó aterrado Ortego.

—¡Maldición!... ¡Méndez!—gritó de nuevo Espinosa.—¡Traición!... ¡Méndez!

Nadie respondía.

—¡Nos hemos metido en una ladronera! ¡Bien sospechaba yo!—exclamaba Espinosa.—Ortego, salgamos de esta guarida. ¡Valor! Aunque sean veinte, no han de poder nada contra nosotros. Los uni-

formes en seguida, y fuego al que nos impida el paso.

El día empezaba á derramar su claridad. Los dos salieron, y al atravesar por la sala de armas vieron como desaparecía por un corredor, en que no habían reparado antes, el blanco fantasma de la noche.

—¡Méndez! ¡Méndez!—volvió á gritar Espinosa.

—¿Dónde está? ¿Por dónde ha huído?—dijo la voz del capitán. Y le vieron salir del oscuro corredor.

—¡Basta ya!—exclamó Espinosa deteniéndole.—¡Fuera! ¡Este castillo es un lupanar ó una cueva de ladrones! ¡A donde el deber nos llama!

—¡Matilde! ¡Matilde!—exclamó Méndez resistiéndose á seguir á sus camaradas, hasta que Espinosa y Ortego lo cogieron en brazos y se lo llevaron hacia el zaguán.

El sol empezaba á resplandecer.

Llegaron á las caballerizas y notaron que Méndez tenía fuertemente asido un trozo de vestido azul y un papel, sin que fuese posible hacerle salir de su abstracción.

—Enrique,—le dijo Espinosa;—en el regimiento nos esperan. No recuerdes más lo que esta noche nos ha pasado, y juremos los tres no hablar de ello ni una sola palabra, para que nadie nos tome por farsantes ó harto crédulos. Pero ¿qué traes en la mano?

—No me quites el único recuerdo que de ella me queda. No sé. Ha huído de mí cuando he pronunciado el nombre de la famosa cantante Josefina de Glinka, y al quererla retener me han quedado entre las manos este pedazo de vestido y este papel.

—Es una carta,—dijo Espinosa reparando en ello. —¡Ira de Dios!—repuso poniéndose pálido.—¡La letra es de Dupuy!

—¿Qué? ¿Qué dices?—exclamó Méndez.

—Mira,—repuso Espinosa.

—¡Es su letra, sí! Una carta escrita con clave,—prorrumpió el capitán.—¡Él es, él es! ¡Todo lo comprendo! Pero ¡ay del asesino!

Espinosa recordó entonces la muerte del bravo coronel Lladós y la misteriosa desaparición de Miranda, la sospechosa fuga de Dupuy ante la terrible acusación que le había lanzado el americano al ser detenido en el muelle de Barcelona, y la lividez del rostro de Kindeland y de su ayudante al presidir el entierro del desventurado militar, asesinado hacía dos meses, detrás del palacio de Buenavista. Entonces comprendió el sentido de las conversaciones que había podido sorprender entre aquellos dos miserables, y juró tomar venganza de tantos crímenes una vez hubiese adquirido la certeza de que ellos eran sus autores.



CAPÍTULO VI

Impresiones de viaje

I

FUERON los tres militares en busca de Segismundo, que estaba pacíficamente dormido bajo el cobertizo, y le despertaron. El digno guía se santiguó al ver á los expedicionarios, y les dijo:

—¿Tenía razón mi padre ó no? Toda la noche he estado oyendo rumor de cantos y una voz de mujer. Por las grietas de estas paredes se divisaba una claridad confusa y se oía una animada conversación, suspiros y rumor de pasos, que supongo sería en los subterráneos. Ahora aprenderán Vds. á burlarse de mis cuentos, pues supongo habrán pasado una noche de San Juan muy divertida.

—Todo cuanto V. dice son necias majaderías, — exclamó enojado Espinosa.—Habrás V. soñado cuanto le ha parecido oír.

—¡Respondo que es cierto cuanto he manifestado, y lo juraré en todas partes!—replicó amostazado el guía.

—¡Basta!—dijo espínosa.—Le exijo á V. que nada diga acerca de cuanto le haya parecido oír, ni siquiera que hayamos pasado la noche en el castillo. Si alguien, sea quien fuere, le preguntase algo, responda V. que no pudimos penetrar en él y que pasamos la noche en otra parte. ¡Le va á V. la vida con no hacerlo tal como le digo!

El guía quedó asombrado ante tal manifestación.

—¡Compañeros!—dijo Espinosa á sus dos amigos.

—Tenemos entre nuestras manos el hilo de un terrible misterio: guardemos profundo silencio sobre cuanto nos ha pasado. En cuanto á la carta, procuraremos descifrarla: yo conozco quien es hábil en este particular. La letra es de Dupuy: no cabe duda. ¡Méndez: sé hombre y no dejes que se apoderen de ti insensatos pensamientos! Confío que podremos descubrir todo el secreto. Mi buen Ortego, cuento con tu discreción.

Al punto fueron bajando por el pedregoso camino, y apretando el paso llegaron á Spira á las siete de la mañana. Desde lejos oyeron los pifanos y tambores que tocaban la diana. No habían pasado lista todavía; de manera que nadie había notado su ausencia, pues en el regimiento, al verlos la noche antes dejar las filas después de un alto, creyeron que quedaban rezagados, cosa sin importancia atravesando un país amigo.

II

En Spira reinaba la mayor agitación. Unos trajinantes habían llevado la noticia de que se había notado una grande iluminación en el castillo de Rehinsberg y que se habían oído rumores de voces y cantos dulcísimos, cual si se celebrase dentro algún banquete. Por otra parte, la violenta tempestad que

de improviso había estallado confirmaba la verdad de aquella extraña ocurrencia, y pronto, esparciéndose el rumor por los pueblos vecinos, hizo que reinase durante algunos días terror y espanto hacia el castillo.

Un cazador de águilas juraba haber visto salir por una grieta un fantasma azul que corría con pasmosa ligereza. Un maestro de escuela afirmaba haber oído, durante la noche, extraños ruidos en su casa. El honrado farmacéutico de la calle de Estrasburgo juraba por Voltaire que á él le había sucedido lo propio; y el administrador de correos, hombre docto, manifestaba por la tarde, en la cervecería, que había sentido tal malestar durante la noche y experimentado tales emociones, que le venía á la memoria lo que dice Lennox en *Macbeth*: «La noche ha sido tempestuosa. Hacia la parte donde dormíamos, el viento ha derribado las chimeneas. A lo que se pretende, se han oído lamentos en el aire... El ave de las tinieblas ha gritado cuanto tiempo ha durado la noche. Algunos dicen que la tierra estaba calenturienta y que ha retemblado...»

A esto añadió el campanero de la parroquia de Santa Cunegunda que al dar las doce le había despertado una bandada de enormes buhos y colosales murciélagos que venían en dirección del castillo lanzando terribles graznidos, y que á la una habían llegado más.

En cuanto al regimiento, nadie había notado nada de particular, á no ser el chaparrón improvisado que les puso á todos calados hasta los huesos. La columna había llegado á Spira á las cuatro de la mañana, y cada cual se había alojado como había podido.

En atención al calor, se había resuelto que las marchas se verificasen de noche, á la luz de la luna, por pequeñas etapas. El regimiento permaneció, pues, todo el día en la población.

Kindeland iba una jornada adelante con el tercer batallón de Guadalajara y el regimiento de Asturias. Ninguna prisa había en llegar á Hanóver, puesto que los designios del emperador estaban ya realizados con haber sustraído de España aquellos valientes regimientos.

III

Espinosa, después de pasar lista, se fué con Méndez encargando mucho á Ortego que de nada le

enterase á su digno sargento, y amenazando terriblemente á Segismundo para que regresase cuanto antes á Landau.

—Enrique,—le dijo al capitán en cuanto hubieron cruzado el puente sobre el Rhin,—creo que esta carta puede darnos toda la explicación de lo que nos ha ocurrido, pero necesitamos quien la descifre. Que es letra de nuestro infame enemigo, no cabe duda; pero conviene aclarar pronto lo que dice el papel. Así, dámelo, y yo encontraré quien adivine lo que dice.

Méndez le entregó la carta, y distraídamente no reparó que iba envuelta en el pedazo de damasco azul. Por su parte, Espinosa no le hizo reparar tampoco en ello, y guardó ambos objetos en lo más profundo de su pecho.

—¿En qué piensas, mi querido Enrique?—repuso el teniente.—Abandona ese absurdo amor. ¡Noche maldita que va á volverte loco si así continúas!

—Pero ¿no es verdad que es hermosa?—exclamó Méndez, como si hablase para sí.

—Confieso que lo es,—dijo Espinosa;—pero tal extrañeza reviste la hermosura de aquella mujer, que llego á figurarme si estará loca y nos ha pegado su manía á todos.

—¡Calla, Ricardo!—contestó Méndez.—¡Desdichada criatura!

—¿Por qué desdichada? Habla, háblame como á un hermano que te quiere con toda su alma. ¿Qué ha sido de ti mientras caíamos vencidos de sueño, ó tal vez del vino, Ortego y yo?

—Apenas,—contestó Méndez,—puedo recordar lo que pasó. Sólo sé que he sido feliz, inmensamente feliz, ¡el más feliz de los hombres! ¡Y perderla así, tan hermosa! ¿Qué mujer se le puede igualar? ¿En qué cielo se goza como gocé yo en aquella mazmorra? ¿Qué me hubiera importado á mí quedar allí eternamente sepultado mientras hubiese sentido eternamente sus caricias y deleitádome con la languidez de su apasionado amor? ¿Qué me importaba que el infierno hubiese estado esperándome si hubiese podido ir con ella? ¡Oh ángel mío! ¡Jamás ninguna celestial belleza podrá exceder á la tuya! ¡Jamás el sol será más ardiente que tus palabras ni la luna más dulce que tu mirada! ¡Jamás el arte llegará á forjar más divina criatura que la que tú eres, ni la poesía más ensueños que el acento de tu voz! ¡Haber sido mía para perderte tan pronto! ¡Gozar

de tu hermosura para escapárteme para siempre!

—Y ¿cómo fué que te huyó?

—No sé, no recuerdo. Tiene en el seno izquierdo una cicatriz horrible. Yo, al sentirla, dije mil absurdos insensatos; y ella, entonces, en vez de contestar con palabras, cantó no recuerdo qué... Sí, sí, lo re-

cuerdo ahora: cantó una triste romanza de un amante que seduce y roba á su querida, asesinándola después, cual si se refiriese á ella. Sentíme conmovido hasta llorar, y no sé por qué se me ocurrió decir que por la expresión con que había cantado hubiera eclipsado, si se hubiese dedicado al



—Toma esta carta,—y Espinosa le entregó á su vez el papel...

teatro, á todos los genios de la música, aunque fuese á la célebre Josefina de Glinka. Al oír este nombre, lanzó un grito, y fué cuando huyó.

—¡Extraño caso!—dijo Espinosa.—¿Sería Dupuy el asesino? ¿Sería ella Josefina? Esta carta puede resolverlo todo.

—Cuando me ví solo, pasó también esta idea por mi cerebro como un relámpago deslumbrador,—repuso Méndez.—Parecióme que veía á Dupuy prepararle una emboscada á Matilde, citándola con esta carta, y darle luego una puñalada en el corazón. ¡Ricardo, Ricardo, por piedad, descubrámoslo todo

—Te juro que todo lo descubriremos, hermano

mío; pero, ante todo, precisa que te serenes. El general sólo nos avanza de algunas leguas, y podría llegar á sus oídos cualquier rumor y desbaratarnos todos los planes. Espera y déjame hacer.

—¿Y ella? ¿Qué será de ella?—exclamó angustiado Méndez.

—Ya volverás á verla. El corazón me dice que la verás. Pero buscarla ahora sería alarmar á los que nos conviene mantener quietos. Ante todo, pongamos en claro el secreto de esta carta. Si nos revela que Dupuy es el asesino...

—Lo mataremos como á un perro,—le interrumpió diciendo Méndez.

—Lo mataremos como justicieros,—repuso Espinosa.

IV

Los dos volvieron á la ciudad.

Espinosa se dirigió á ver á Rosario. La hermosa morena estaba desesperada por no haberle visto en tantas horas. Así que lo divisó desde el gótico ventanal recargado de florones y arabescos, en donde estaba asomada, corrió á la calle y vió al soldado, que la aguardaba debajo de unos arcos de la casa frontera.

Rosario, después de un fuerte pellizco, empezó por decirle:

—Mala verbena de San Juan habrá pasado el señor Juan del Río cuando hace tales ojeras y está pálido como un desenterrado.

—Rosario, me ha tocado estar de guardia,—contestó él.

—¡Siempre de guardia ese pobre fusilero!

—Vamos, déjalo. A ti te lo puedo decir todo. Necesito un favor grande, grandísimo, del *pater*. Yo sé que es hábil en descifrar claves y enigmas.

—Y ¿qué enigmas traes?—preguntó ella.

—Yo no puedo pedirle por ahora nada, porque me expondría á que me reconociese; pero tú lo harás.

—Di,—contestó Rosario.

—Toma esta carta,—y Espinosa le entregó á su vez el papel, guardándose el pedazo de damasco azul,—y suplicale que la descifre. Sobre todo, recuerda bien su contenido.

—¿Aventuras tenemos?—exclamó algo picada Rosario.

—¿Dudarás de mí?—repuso Espinosa.—A su tiempo te lo diré todo: no lo quieras saber ahora. Se trata de un alevoso crimen. Ese papel descubrirá al autor.

—Y ¿no es en interés de ninguna mujer todo eso?—preguntó siempre recelosa Rosario.

—Es en interés de Méndez,—contestó Espinosa.—El culpable, si no me equivoco, es Dupuy: la letra es suya. Conque ya ves si me interesa.

—Pierde cuidado, que yo lo haré,—contestó tranquilizada ya del todo la bella granadina.—Y ahora no hablemos ya más de tales cosas, sino de nosotros; de ti, por mejor decir.

Y empezaron una larguísima conversación de en-

amorados que produjo un retardo de cincuenta y tres minutos en la comida del sabio descifrador de jeroglíficos, claves, enigmas, logogrifos y charadas, don Ciriaco Pastrana, émulo y rival de Champollion y terror de los peritos caligráficos de los tribunales y chancillerías de España y de sus Indias.

V

En tanto departían los dos amigos, allende el Rhin, bajo la sombra de los frondosos tilos, el buen sargento Juan de Castro emprendía una verdadera cruzada contra el pobre Juan Ortego Pacheco.

—¿Dónde has estado esta noche, pistolo?—preguntóle el digno becerrilense con cierto aire protector.

—Estábamos aspeados otros dos de la compañía y yo, y hemos quedado rezagados, mi primero.

—Flojos sois, muchachos, y lo siento, lo mismo por tí que por los dos de mi tierra. Cuando entremos en fuego y mande el general dar el asalto á una fortaleza empinada en lo más alto de un cerro, y sea preciso atacar á la carrera, ¿cómo os lo vais á componer entonces?

—No tenga V. cuidado, mi primero. Ya verá usted como entonces llegamos antes que nadie. Pero anoche no nos encontrábamos del todo bien.

—Pues os librateis de buena, porque por el pueblo andaban contando, según decía el tabernero catalán, que entiende algo á esos borregos de alemanes, que en ese castillo que hay junto al río han estado las brujas celebrando su aquelarre.

—No crea V. una palabra, mi primero. En el castillo no ha pasado nada.

—Y ¿qué sabes tú lo que ha pasado, pistolo? ¿Has estado tú en él para poder decir con tal certeza que no ha pasado nada en el castillo?

—¿Cómo quiere V. que haya estado, mi primero? Dios me libre de meterme yo allí; pero á qualquiera se le ocurre que en un castillo en el que no hay nadie, no pasa nada.

—No dudes nunca de lo que te digo, pistolo. Esta noche ha habido luminarias en el castillo; han resonado cantos y voces diabólicas; los avechuchos que anidan dentro han huído de él azorados; han salido fantasmas azules al través de sus muros, así que apuntaba el día, y hasta aseguran que las puertas han aparecido derribadas. Pero ¿qué tienes, te pones

malo? ¡No estás poco pálido! ¡Ven ahora á decirme que no crees nada, cuando al oírlo tan sólo contar flaqueas de este modo! Vaya: te creía más hombre, pistolo.

—Repito á V. que no me encuentro bien del todo, mi primero; pero eso no tiene nada que ver para que yo siga negando que haya pasado nada.

—Veo que no estás bueno, pistolo. Pero ¿dónde has pasado la noche, vuelvo á decir?

—La hemos pasado albergados en una cueva,—respondió con admirable aplomo Juan Ortego.

—En efecto, veo que no llevas la casaca mojada como nosotros. Fortuna ha sido. Ve de ponerte bueno pronto, pistolo, porque, según rumores, se prepara una gran guerra donde haremos un papel de lo más principal los españoles.

—¡Si supiese V. las ganas que tengo de andar á tiros con enemigos de carne y hueso, mi primero, con enemigos que no huyan cuando se les toca y se caigan muertos cuando se les mata!

—Y ¿dónde has visto tú enemigos que no sean así, pistolo?

—Es un decir, mi primero: quiero decir enemigos grandes.

—Pues ya te darán pronto gusto, porque los suecos son grandes como unos fantasmones.

—¿Como unos fantasmones?—respondió vivamente Ortego.

—Sí, hombre: como unos fantasmas. Van vestidos con uniformes azules.

—¿Van azules? ¡Cansado estoy ya de fantasmas azules!

—¡Tú estás malo, pistolo! Anda y cúidate.

—¡A la orden, mi primero! Sí, á la verdad, me siento malo.

Y, diciendo esto, Juan Ortego dió media vuelta y se fué á dormir á su alojamiento, soñando con que un formidable sueco azul bailaba estrambóticamente delante de él y le abrazaba.

VI

—Pero ¿qué tienes hoy, chica, con esas tardanzas y ese aire que parece no estás en ti?—le preguntaba al levantarse de la mesa D. Ciriaco á su gentil ama de gobierno.

—Pues ¿qué he de tener, D. Ciriaco,—respondió

zalameramente Rosario,—sino pedirle á V. un favor que le ha de causar, sin duda, extrañeza grande?

—¿Qué favor es ése? Apuesto á que exiges de mí que vaya á rogarle al coronel le levante el arresto al bribonazo de tu novio. Si no es más que eso, dímelo, porque iré á decirle que me lo tenga arrestado cada día hasta que esté lista la comida.

—No, no es eso, padrecito: es una curiosidad mía.

—¡Hija de Eva, al fin! ¿Querrás saber, sin duda, á qué conduce meternos en guerra con los suecos? Pues, hija, yo tampoco lo sé, ni quiero saberlo, porque de eso sólo entiende *el Choricero*, y yo no me trato con él ni con príncipes de su calaña.

—Pues tampoco es eso, D. Ciriaco, porque ya le he dicho á V. que es cosa de mujer curiosa, y maldito lo que se me importan á mí *el Choricero*, ni los suecos, ni los emperadores.

—Entonces, ya caigo en la cuenta,—contestó don Ciriaco.—¿Querrás que te explique cómo puede ser que esta noche, según dicen, se hayan oído voces y visto luces en el castillo encantado? Pues, hija, de eso sé también tanto como tú.

El lector habrá observado quizás que el bueno de D. Ciriaco tenía el flaco de querer adivinarlo todo. Era, efectivamente, una especialidad en el arte de pronosticar el tiempo, guiándose por sus callos; gran jugador de ajedrez, previendo todas las jugadas de su contrario; terror de sus confesos, cuyas culpas y pecados les sacaba por entre la rejilla antes de que abriesen la boca; autor de charadas, logogrifos y jeroglíficos endiablados, y especialidad sin igual en la ciencia heráldica. Era perito caligráfico, traductor paleográfico y desfacedor de claves por enrevesadas que fuesen, siendo conocido no sólo en el regimiento, sino en mucha parte de España como tal.

—¡Déjeme V. decir, por Dios, padre!—repuso impaciente Rosario.—Se trata de que V. me diga qué dice ese papel que nadie entiende.

—A ver, á ver, trae,—contestó D. Ciriaco, dándole tono.—Ya sabes que yo soy muy ducho en descifrar malas letras, debido á que me he quemado largos años las pestañas leyendo manuscritos é interpretando blasones. Vamos á ver qué dice eso.

Y, calándose unas colosales antiparras, puso ante sus ojos el papel.

La alegre y plácida fisonomía de D. Ciriaco se tornó malhumorada.

—Eso está escrito con una clave. Y ¿de dónde has

sacado tú eso? Tal vez es algún secreto de Estado, cuya revelación puede comprometer al ejército.

—No, no,—se apresuró á responder Rosario;—me lo he encontrado con unos papeles viejos que me traje de mi tierra, que eran de una tía que tuve en Sevilla. Puede V. leer.

—¡Oh, oh!—repuso D. Ciriaco.—¡Hermosa redondilla! ¿Qué diablos dirá eso? Mientras esté en español, todo irá bien. Anda, anda á paseo un rato y veré de decírtelo así que vuelvas. Oye: ¿cuántos años hace que tienes ese papelito?

—¡Uy!—contestó Rosario.—Lo menos hará diez años que estaba en el fondo del baúl.

D. Ciriaco quedó solo y probó toda suerte de combinaciones, ninguna de las cuales le salía bien. Colocó encima una porción de pautas, con distintos espacios abiertos que sólo dejaban ver parte del escrito, y, por fin, como no podía menos de suceder, acertó, dando con la clave.

VII

Cuando D. Ciriaco llegaba ya á la cima de su tarea entró Rosario, que, como es fácil suponer, no había dejado pasar la tarde sin echar larguísima párrafos con el bizarro ex teniente.

—¿Qué me dice V., padrecito?—preguntó alborozada al ver la expresión triunfante de D. Ciriaco.

—Pero ¿de dónde has sacado tú misivas de enamorados italianos? ¡No me ha costado poco trabajo adivinar ese mamotreto! Fortuna ha sido que me gustase leer en el original á Boccacio, Ariosto y otros graves autores; pues, de no ser así, nos quedábamos *in albis*.

—Pero ¿qué dice la carta?—repuso impaciente Rosario.

—¡Calma, chiquilla, calma! La carta, á lo que creo, dice así: «Si quieres oirme te convencerás de mi inocencia. Aguárdame en tu casa á las doce. Si accedes, deja caer el pañuelo cuando cantes: *Or sai qui l'onore*. Tenlo todo dispuesto para huir esta misma noche.—24, junio.—P. D. El general nos esperará para ser nuestro padrino.» Aquí tienes todo lo que dice ese papel. Todo se reduce, como ves, á trapicheos de alguna *prima donna* de pipirijaina. Por cierto que no sé á qué ópera pertenece ese trozo: *Or sai qui l'onore*. Debe ser muy poca cosa la tal ópera cuando yo lo ignoro. Pero, suponiendo que el hecho ocu-

riese en Sevilla, donde dices estaba tu tía, no es ya tanto de extrañar que allí se cantasen óperas de tres al cuarto, algo de Salieri ó de Martini. Lo único que me choca en esta carta es que se hable en ella de un general. ¡Valiente general será, por cierto, metido en lios de casamientos y raptos de *prima donnas*! Será algún general de Etruria ó de la república de Venecia. En cuanto al carácter de letra, es de hermosa redondilla francesa. Todos son de *extranjis* los que figuran en este embrollo. El mismo italiano en que está escrito no es tampoco el verdadero idioma de Toscana. Huele á piamontés ó saboyano: no te quepa duda, Pilar. Y mira: el papel también es extranjero.

Púsole al trasluz D. Ciriaco y dijo, fijándose en la marca:

—Pues erré de medio á medio. Es de Tolosa de Guipúzcoa. Pero, en fin, no nos importa un bledo todo eso, Pilarica. Y á propósito de cantantes,—continuó diciendo el padre, á quien su habilidad había puesto de humor complaciente y decidor,—jamás olvidaré la terrible escena de que fui testigo hace tres años, en Madrid, la noche también de un 24 de junio. ¡Oh! ¡Qué horroroso lance! ¡Las carnes me tiemblan sólo al recordarlo!

—Cuenta, cuenta V., padre,—exclamó Rosario, procurando dominar la violenta emoción que sentía.—Me gusta mucho á mí oír contar historias.

—Pues figúrate tú que era yo entonces grandísimo amigo del gran Manuel García. Manuel García, chiquilla, es lo que no hay en punto á tenores. Era director de la compañía del teatro del Príncipe, y para lucirse escogía siempre obras de su *tessitura*, como si dijéramos, adrede para su voz: *La regina di Golconda*, *Ifigenia*, *Alceste*, sublimes todas y como no se oigan mejor cantadas. Llegó por entonces á Madrid una tiple extranjera, que decían ser hija de un marqués y educada en Lima, una tal Josefina de Glinka, y no puedes tú figurarte lo hermosa que era, sin que esto sea decir que tú no lo seas también mucho, pimpollo florido.

—Vaya, D. Ciriaco: déjese V. de requilorios.

—¿Que tú no eres un pimpollo florido? Así es tan cierto como tu bendita patrona es la primera de las Vírgenes españolas, sin que esto sea decir que no las haya también muy buehas en otras provincias.

—¡Pero siga V., padre, que me interesa mucho el cuento!

—No es cuento, muchacha, que es historia. Yo no te sabré decir si es verdad ó no; pero empezó á correr la voz en Madrid de que Josefina había sido vista durante los ensayos por una ilustre y encumbradísima persona (no vayas á creer que fuese el *Choricero*, no. Ese no es persona, ni es ilustre, sino un mal hombre que perderá á España). Decía, pues, que Josefina había inspirado una vehemente pasión á una real (ya la solté) persona, y que se había visto colmada de riquísimos y costosísimos presentes. Figúrate tú cómo serían viniendo de quien venían. En fin, ello es que antes de salir al público ya todos sabían cuántos collares, brazaletes, diademas, cinturones, sortijas, pendientes, etc., etc., de brillantes esmeraldas, rubíes, topacios y toda suerte de piedras preciosas y raras, guardaban los cofres de la Josefina. Apareció cantando la parte de D.^a Ana en la ópera *Don Giovanni* ó *Il disoluto punto*, que después no creo haya vuelto á representarse más, y lo siento, porque aunque me gustó extremadamente no conseguí recordar de toda ella más que una romanza, que empieza: *Il mio tesoro...* Pero lo mejor de todo era Josefina. ¡Qué voz de ángel, Dios mío! ¡Qué figura! Parecía una diosa del Museo del Rey vestida de luto. Alta, bien formada, rubia, con unos ojos azules que parecían adormecidos y á lo mejor lanzaban llamas, llena toda la figura de la más trágica sublimidad. ¿Qué te diré si no es que hasta Manuel García pasó inadvertido en su papel de D. Octavio y que nadie, sino yo, le aplaudió en la romanza que te he dicho? Y menos, por supuesto, aplaudieron aún á las otras dos tiple y á los dos bajos y al barítono. Todo fueron palmas para Josefina, sin respetar la presencia augusta del monarca.

Acabóse la ópera y fuíme á acostar, aunque sin poder pegar los ojos con el recuerdo de la bellísima tiple, digo, de la bellísima romanza. Una hora habría pasado desde que salimos del teatro, cuando llaman reciamente á mi puerta para que, sin perder un momento, fuese á ayudar á bien morir á una señora que acababa de recibir una terrible puñalada en el costado. Voy volando, y, en efecto, en un cuarto de la fonda de Genieys, en el Postigo de San Martín, me encuentro con la desdichada Josefina bañada en sangre, que brotaba de una tremenda cuchillada debajo la tetilla izquierda. Había cuatro ó cinco cirujanos y todos pronosticaban una terminación mortal. La confesé, y... no digo más.

—¡Pobre mujer!—exclamó Rosario afectada.—¿Y murió?

—No sé, porque al día siguiente recibí orden de trasladarme al Ferrol; pero de seguro que sí moriría. Aún me parece que la estoy viendo. Lleyaba un vestido de damasco azul y adornada de flores la cabeza. Echado al cuello, y cruzado sobre el hombro, un velo cuajado de estrellitas de brillantes, y un brazaletes de esmeraldas en uno de sus hermosos brazos.

—Y ¿no se pudo dar con el matador?

—No,—respondió D. Ciriaco secamente.—Escapó en seguida.

—Pero ¿cómo no se supo dónde encontrarlo sabiendo quién era?

—Sólo Dios sabe quién era,—volvió á contestar con grave entonación D. Ciriaco.

—¡Ah!—repuso Rosario.—Creí que no se tratase de algún novio de la pobre joven, conocido, por lo tanto, de todo el mundo.

—¿Y tú te crees, muchacha, que todos los novios son como el tuyo, que el universo entero sabe que se llama Juan del Río, natural de Becerril y estudiante de teología en el seminario de León? Pues no: hay novios que lo son *de occultis* y de quien nadie sospecharía. Eso ya lo irás tú sabiendo á medida que vayas haciendo años.

—Pero ¿nada, nada se pudo averiguar?—volvió á preguntar Rosario.

—¡Pues no te digo que no!—replicó algo enfadado D. Ciriaco.

—¡Lástima que la justicia no llegase á tiempo para tomarle declaraciones á la pobre señora!—dijo Rosario.—Porque ella de fijo hubiera revelado á uno ú otro quién fuese el asesino.

—La justicia lo que vería, de seguro, es que todos los regalos de la pobre *volaverunt*, no quedándole más que aquel vestido azul que llevaba puesto. El pájaro había desaparecido con todo lo que pudo agarrar entre las uñas.

—¿Y V. la confesó, padre?—replicó Rosario.

—Sí.

—¡Qué cosas tan horribles sabría V. entonces!

—No lo quieras saber, hijita. Te aseguro que cada vez que en ello pienso me echaría á llorar.

—¿Y ella le contaría á V., por supuesto, todo lo que había ocurrido?

—Eres curiosa por demás, chiquilla. Yo te diré lo que contiene una clave, pero no te diré lo que oigo

en una confesión; y te diré también que jamás en tu vida, si quieres seguir en mi casa, has de volver á sacar para nada esta conversación ni preguntarme lo que no te importa. Ya me arrepiento de haberte dicho nada.

—¡Oh padre! No se enfade V. por eso. Pero ya ve V. que cuando le cuentan á una que asesinan á una pobre mujer, le dan ganas de saber de seguida que el bribonazo que tal hizo ha pagado en la horca su fechoría; ¡y si el cuento acaba con que el muerto muerto queda y el matador llega tal vez con el tiempo á coronel ó general, queda uno triste y pesaroso si es persona que tenga sentimientos humanos!

El padre miró fijamente á Rosario y dijo:

—Pilar, tú no me gustas. ¿Por qué dices eso?

—Padre, pues ¿qué he dicho?

—Pilar...

—Señor y padre mío: ¿por qué me mira V. así?— exclamó Rosario.

—Pilar, no me engañes. ¿Tú has oído hablar de alguien?—preguntó el cura.

—¿De quién quiere V., señor, que haya yo oído hablar, pobre de mí!

—¿Me aseguras, pues, que nada has oído fuera de lo que yo te he dicho?

—Sí, señor: no sé yo más que lo que V. ha contado.

—¿Y que nadie ha osado jamás delante de ti acusar de asesino á quien goza de buena fama?

—Jamás, señor.

—Pues guárdate por siempre de dar oídos á murmuraciones, que Dios sabe de qué podrían proceder.

—Así lo haré, mi señor: esté V. seguro de que así lo haré.

—Y en cuanto á lo que te he referido, no se lo cuentes á nadie sin mi expreso permiso.

—Sólo obedezco, amo mío, las órdenes de mi dueño,—contestó Rosario.

Llegó la hora de la marcha, y Pilar, antes de salir del pueblo, le juraba por centésima vez á Juan del Río que sería eternamente su esclava.

